

Estás OLVIDADA

Trilogía
Camila 2



Alma
FERNÁNDEZ

Estás
OLVIDADA

Trilogía Camila 2

Estás
OLVIDADA

Trilogía Camila 2

Primera edición.

Estás olvidada. Trilogía *Camila* n°2

©Alma Fernández

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

Estás olvidada. Trilogía *Camila* n°2

©Alma Fernández

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

Capítulo 1



Las piernas me temblaron hasta el punto de que apenas podían sostenerme, por lo que mis amigas me sirvieron de apoyo.

—¿Dices que está Guille aquí? —me preguntó Rebeca, mientras Alba trataba de borrar las lágrimas de su rostro tras el broncazo con Sergio.

—Que sí, que al final me ha perdonado, que dice que no puede vivir sin mí.

—La madre del cordero, pero tú ahora estás con René, ¿no?

—Yo... con René... no sé. A ver que nos hemos acostado y eso, pero que no hemos hablado nada.

—¿Y entonces?

—Es que Guille es mi novio, mi novio de toda la vida. Y nosotros estábamos prometidos. Vale que no ha sido una pedida de mano formal ni nada, pero que esas son cosas de las novelas románticas, que nosotros siempre hemos sabido que terminaríamos casándonos.

—No, no estoy de acuerdo. Esas no son cosas de las novelas románticas, ¿por qué habían de serlo, tontita? Tú te mereces un final bonito para tu historia y estoy segura de que con René podrás tenerlo—Alba hizo un esfuerzo por animarme muy de alabar, dado el palazo que acababa de llevarse.

—¿Sí? ¿Igual que el tuyo con Sergio? ¿O el de ella con el vikingo? ¿Cuánto tiempo tardaría René en darle la patada a una chica como yo? Ahora todo está perfecto porque soy la novedad, pero cuando se canse del mismo plato ya veremos, que él debe tener el paladar muy exquisito.

De pronto lo vi claro; lo de René había sido increíble, ese hombre me había dado luz en un momento en el que mi vida se volvió sombría, pero lo hizo porque me faltaba Guille, ese otro que había estado ahí siempre.

—No es justo que digas eso. Que no nos haya salido a nosotras no quiere decir que a ti vaya a sucederte lo mismo Camila, pero vas a hacer lo que quieras. Total, tienes la cabeza como el marmolillo...

—Sí, sí que voy a hacerlo. Y vale que me da pena por René, pero es que yo le fallé a Guille, le fallé y encima, en pleno malentendido, se lo solté riéndome de él. Es que no tengo perdón de Dios.

—Tú lo que tienes es un sentimiento de culpabilidad como la copa de un pino, ¿o no?

—Sí que lo tengo, ¿no lo tendríais vosotras? Le acabo de enviar nuestra ubicación, dice que ha alquilado un

coche.

—Pero tú decías que andaba liado con las oposiciones y que no tenía donde caerse muerto, ¿no?

—Sí, lo que no quita para que les haya pedido dinero a sus padres o a alguien y hecho un esfuerzo para venir a verme, ¿no entendéis que tiene todavía más mérito?

—Chica, yo no sé lo que decirte, además Guille es más niño que René, que ese sí que es un hombre.

—Ya, pero ese niño ha estado siempre en mi corazón—sentencié.

Apenas tardó en llegar y lo hizo con una cara de ilusionado que no podía con ella. Nunca había visto a Guille así, porque él no era especialmente efusivo e incluso lloró cuando me abrazó.

—¡Por fin estoy aquí contigo, Camila! No sabes lo muchísimo que te he echado de menos—Las lágrimas resbalaban por su rostro.

—¿Eso quiere decir que me has perdonado? Guille, yo no quise hacerte daño, lo que ocurrió fue un desliz que a punto estuve de confesarte esa noche, pero no me dio tiempo... Solo fue un beso, te lo prometo, pero un beso que te espeté de mala manera cuando creí que estabas con Cleopatra.

—¿Cómo iba a estar yo con Cleopatra teniendo una novia como tú?

—Pues estando, qué se yo.

—Ni lo menciones, sabes que solo fui a encargarle el colgante y luego insistió en que tomáramos algo. Y claro, como se pasa el día publicando su vida en las redes, pues ahí estuvo el problema.

—Ya pasó, mi amor, ¿podrás perdonarme?

—¿No te has enterado de que ya lo he hecho? Imagínate, si he venido hasta aquí solo para darte el colgante y pasar contigo tu cumple.

—¿Me has traído el colgante? —Lo miré con emoción.

—No, se lo he dado a una chica que venía en el avión—Se burló de mí.

—No me chinces, porfi, que estoy deseando verlo.

—Pues mira que he estado más de una vez por echarlo al wáter y tirar de la cisterna, pero luego entendí que no podía hacerlo, que por mucho que quisiera me era totalmente imposible.

—Gracias al cielo que no, con la ilusión que me hace que me lo pongas.

Sentí que estaba renaciendo, porque mi historia con Guille tuvo un final tan feo que en cierto modo pensé que quizás esa herida no dejara nunca de sangrar, por mucho que nuevas ilusiones llamaran a mi puerta.

Me pusiera como me pusiera, yo era una chica sencilla y sentía que con alguien como él era con quien encajaba.

—¿Te hace ilusión? —Lo sacó de su bolsillo y yo abrí la cuca cajita.

Cleopatra sería una lagarta, pero buen gusto tenía para parar el tren y se lo había preparado que era una monada.

El colgante en cuestión, del que pendía un corazón, también lo era.

—Es precioso, muchas gracias—Le di un besazo.

—Es lo mínimo, sabes que me chirrió mucho que te vinieras a Lanzarote y he de reconocer que yo también tuve mi parte de culpa en lo que pasó, por no estar más ahí.

Las otras dos se miraron con una sonrisilla socarrona, pues para ellas que él no había estado a la altura ni en ese momento ni en ningún otro. Fue entonces cuando me di cuenta de que no se las había presentado.

—Por cierto, ya sabéis que él es Guille y ellas son Rebeca y Alba.

Él las miró también con algo de recelo, porque en cierto modo siempre las consideró culpables de mi marcha, pero yo tenía la absoluta seguridad de que pronto todo eso pasaría.

Después de que se saludaran, él se me quedó mirando fijamente.

—¿Y se puedes saber dónde vas tan guapa? Nunca te había visto así, estás radiante.

—Gracias, voy, es decir, vamos a mi fiesta de cumpleaños. La celebraremos aquí cerca, en el bar en el que trabaja una amiga.

—¿Sí? Pues no perdamos más tiempo, estoy deseando conocer a la gente que ya forma parte de tu vida.

—Pues vamos entonces—le dije mientras me cogía de la cintura y yo sentía un doloroso pellizco en el estómago al pensar que René se quedaría de piedra cuando nos viera aparecer juntos.

Cleopatra sería una lagarta, pero buen gusto tenía para parar el tren y se lo había preparado que era una monada.

El colgante en cuestión, del que pendía un corazón, también lo era.

—Es precioso, muchas gracias—Le di un besazo.

—Es lo mínimo, sabes que me chirrió mucho que te vinieras a Lanzarote y he de reconocer que yo también tuve mi parte de culpa en lo que pasó, por no estar más ahí.

Las otras dos se miraron con una sonrisilla socarrona, pues para ellas que él no había estado a la altura ni en ese momento ni en ningún otro. Fue entonces cuando me di cuenta de que no se las había presentado.

—Por cierto, ya sabéis que él es Guille y ellas son Rebeca y Alba.

Él las miró también con algo de recelo, porque en cierto modo siempre las consideró culpables de mi marcha, pero yo tenía la absoluta seguridad de que pronto todo eso pasaría.

Después de que se saludaran, él se me quedó mirando fijamente.

—¿Y se puedes saber dónde vas tan guapa? Nunca te había visto así, estás radiante.

—Gracias, voy, es decir, vamos a mi fiesta de cumpleaños. La celebraremos aquí cerca, en el bar en el que trabaja una amiga.

—¿Sí? Pues no perdamos más tiempo, estoy deseando conocer a la gente que ya forma parte de tu vida.

—Pues vamos entonces—le dije mientras me cogía de la cintura y yo sentía un doloroso pellizco en el estómago al pensar que René se quedaría de piedra cuando nos viera aparecer juntos.

Capítulo 2



—Ya está aquí la cumpleañera—le anunció al resto una desinflada Yurena, que no podía entender nada cuando me vio aparecer con él.

—Después te lo explico, ¿vale? Es Guille, mi novio del que te hablé—le comenté al oído.

—Querrás decir tu exnovio, porque me hablaste de un ex—me dijo también ella en el oído mientras me espetaba dos besos.

El resto de la mesa la componían algunos otros compañeros de trabajo con los que habíamos hecho buenas amigas y que vinieron enseguida a felicitar me. A quien no vi fue a René y eso me hizo suspirar aliviada.

Por un instante, pensé que todo aquello podría tener una explicación, quizás René se echó para atrás en el último momento. Sí, podía ser que fuera uno de esos personajes que prometían y prometían hasta que la metían. Y como ya la había metido...

Yo estaba en una nube, si bien tampoco pasó por mi cabeza confesarle a Guille lo que había tenido con él. No, me sentía fatal, pero no veía viable que supiera que, después de aquel primer beso, habíamos terminado acostándonos en su barco. Yo no era así, pero quizás lo que necesitaba no era solo un cambio de imagen, sino un cambio de chip.

El que René no estuviera me alivió cantidad, ¿y si Guille había llegado en el momento adecuado, justo cuando el otro me fuera a dar la patada? A veces las cosas tienen un porqué.

—¿Puedes venir un momento, preciosa? No sé qué velas te gustan más—me llamó Yurena.

Me acerqué a ella, que estaba detrás de la barra, y mucho me temí que se avecinaba conversación.

—Tía, me has dejado helada, esto no se hace, ¿cómo te presentas aquí de nuevo con Guille?

—Sé que es un impacto, pero no lo he sabido hasta hace un rato, palabra de honor.

—Chica, es que no sé lo que le vamos a decir ahora a René, yo creía que te estabas ilusionando con él.

—Y yo también lo creía, pero es que de pronto ha aparecido Guille y qué quieres que te diga, él siempre ha estado en mi vida, pero siempre, siempre...

—Y tú eres de las que piensa que más vale pájaro en mano que ciento volando, ¿no?

—Mujer, tampoco creo que sea eso, que yo siempre he estado por Guille, esa es la realidad.

—Ya, ya, mucha realidad y mucho ocho cuartos.

—Tampoco veo a René aquí, no se ha dado patadas en el culo por venir, perdona.

—No, solo se las ha dado para ir a recoger tu tarta a la pastelería, que han tenido un problemilla y se han retrasado.

—¿René me ha encargado una tarta?

—Pues va a ser que sí, bonita. Una tarta que me parece que se nos va a indigestar a todos a este paso.

Me lo estaba diciendo cuando llegó él, con un elegante embalaje de la mejor pastelería de la isla.

—Ey, preciosa, un millón de felicidades—Vino directo a besarme y yo le hice una cobra de esas que no se olvidan.

—Hola, René, tengo que presentarte a alguien...

La voz me tembló tanto como lo hicieron mis piernas en el momento en el que llamé a mi novio.

—¿Qué quieres, amor? —me dijo al salir.

—Te presento a René, el director del hotel. Y él es Guille, mi novio.

La mala cara de René superó a la de un muerto. Yo me la estaba jugando, porque bien podía haber montado en cólera allí mismo y enterado a Guille de todo, pero no sé por qué confíe en que no sería así.

—Encantado, Guille. Yo solo había venido a traeros la tarta, pero no me puedo quedar—disimuló con toda la elegancia.

—¿Cómo va a ser? Ya que estás aquí deberías tomarte una copa con nosotros, ¿no piensas igual, Camila? —le propuso Guille.

—Claro, claro que sí—añadí haciendo de tripas corazón.

—Lo que sucede es que a René le ha salido una gestión de última hora, pero ha querido tener el detalle de acercarnos la tarta—Yurena le echó un capote.

—Es eso justamente, espero que lo paséis muy bien—añadió él antes de despedirse.

—Qué detallazo ha tenido el tío, ¿no? Vaya un jefe apañado que tienes—me comentó Guille cuando ya se hubo ido.

Él no es que empatizara especialmente con las personas, por suerte, y no detectó que René se fue por su propio pie, pero que en realidad se lo habían llevado los demonios.

—Sí, sí que lo es—le comenté mientras Yurena se encargaba de preparar la tarta.

Una vez en la mesa, pasé el siguiente mal trago, al ver que estaba personalizada y que en ella había varios guiños

a París, entre ellos una Torre Eiffel de chocolate que era una preciosidad. Con ello, sin duda, había querido recordarme que me fuera con él a esa ciudad, a la que se conoce como la del amor...

—¿Y esto? ¿Por qué tanto París? —me preguntó Guille.

—Porque les he dicho más de una vez a las niñas que me encantaría visitarla y alguien se habrá ido de la lengua— disimulé.

—¿Qué me estás contando? Pues no se diga más, el día que nos casemos iremos allí de luna de miel.

a París, entre ellos una Torre Eiffel de chocolate que era una preciosidad. Con ello, sin duda, había querido recordarme que me fuera con él a esa ciudad, a la que se conoce como la del amor...

—¿Y esto? ¿Por qué tanto París? —me preguntó Guille.

—Porque les he dicho más de una vez a las niñas que me encantaría visitarla y alguien se habrá ido de la lengua— disimulé.

—¿Qué me estás contando? Pues no se diga más, el día que nos casemos iremos allí de luna de miel.

Capítulo 3



No había sido la celebración de mi vida, para qué mentir. A partir del momento en el que René salió por la puerta me sentí como una rata de cloaca.

No solo fui poco sincera con Guille, al no confesarle que estuve liada con René. Ni siquiera sospechó que fuera el tío del beso, mejor, menos sufrió. El problema es que tampoco le había comentado nunca a René la existencia de mi novio, por lo que verme aparecer con él le sentó como un tiro de mierda.

—Estoy loco porque nos metamos en la cama—me confesó Guille en el oído.

—Buah, pues siento ser una aguafiestas, pero tenemos a Alba en la misma habitación y la mía es una cama pequeña.

Me dolía la cabeza, lo cierto es que me dolía la cabeza y no era la típica y antiquísima excusa para no tener sexo con él, sino la realidad.

—Pero he visto al pasar que hay una cama de matrimonio, ¿no?

—Sí, la de Rebeca.

—¿Y no crees que tu amiga...?

—¿Qué le pasa a mi amiga?

—Lo siento, nos has escuchado cuchichear—le comentó él.

—Sí, algo de una cama. Os podéis quedar en la mía, claro. Total, para lo que la voy a utilizar yo.

—¿No estás con nadie?

—Con un vikingo, estoy con un vikingo.

—No me digas que se llama Ragnar, yo soy súper fan de la serie—bromeó.

—Ni idea de quién es Ragnar ni de qué serie me hablas. Yo lo único que sé es que estoy enamorada de ese grandullón.

—¿Enamorada, amiga? —le pregunté con pena.

—Sí, sí, enamorada, ¿te lo deletreo?

—No, no hace falta, ya sé lo que es.

—Lo sabe muy bien porque nosotros siempre lo hemos estado, ¿verdad? —Guille me sonrió y, un poco, me encendió el alma.

Fue su sonrisa la que me enamoró un día. Y yo había permanecido enamorada de él hasta que llegué a Lanzarote. Dios, ¿qué me había pasado? Tontunas, un montón de pajaritos en la cabeza y poco más. Seguro que en pocos días las aguas volverían a su cauce.

Le respondí asintiendo con la cabeza y Rebeca volvió a intervenir.

—Pues lo dicho, podéis usarla durante los días que vayáis a estar aquí.

—Que, por cierto, no me has dicho cuántos van a ser, Guille.

—Un par de semanas, he pensado en quedarme un par de semanas. Ya que he hecho el gasto de venir y tal, pues me quedo un poco más.

—Claro que sí, hombre. Estás en tu casa.

Rebeca fue un poco ironiquilla porque ella a Guille siempre lo tuvo atravesado. No obstante, el que fuera mi novio hacía que también lo respetara, incluso que nos pusiera las cosas fáciles.

Lo cierto fue que lo ocurrido nos había cortado bastante el punto en el sentido, por ejemplo, de que Yurena ya no se apuntó a las copas que tomaríamos luego y, al final, terminamos yéndonos a casa.

—Me habría gustado invitarte a tomar algo, ¿te animas y nos vamos tú y yo? —me preguntó Guille viendo que la fiesta acabó demasiado pronto.

—Otro día mejor, vamos a dejarlo estar.

En referencia a lo de la fiesta, la tarta se me había atragantado. Y no lo digo metafóricamente, sino que fue tal la impresión al probarla que, efectivamente, tuvieron que traerme un buen vaso de agua para que me bajara.

No fue la fiesta con la que soñaba y no sabía muy bien lo que me pasaba, porque había deseado tantas y tantas veces que Guille volviera conmigo... Y allí lo tenía, delante de mis narices, dispuesto a quedarse un par de semanas.

Nos metimos enseguida en la cama y a él se le iban los ojos cuando me despojó del vestido.

—Ven aquí, anda—Estiró su brazo y me cogió de la mano.

Me sentó a su lado y comenzó a besarme, en ropa interior como estaba... Una ropa interior que también me había comprado el día que fui con Yurena al centro comercial.

—Dime—murmuré.

—Estás, estás preciosa... Es decir, siempre has sido preciosa, pero ahora te noto, no sé cómo decirlo,

—Como más mujer, ¿no? Es que esta isla me ha hecho madurar, creo que es eso.

—Sí, como más mujer; absolutamente apetecible diría yo.

Guille me siguió besando y es que no se le escapó tampoco que yo nunca había utilizado una ropa interior así de sexy, en negro y con encajes.

La ropa en cuestión no permaneció demasiado tiempo en mi cuerpo, lo mismo que la que él llevaba en el suyo. En su abrir y cerrar de ojos estábamos ambos en la cama y sus manos entrelazaban las mías, al tiempo que él hacía por entrar en mí.

—No, todavía no—le pedí y se quedó un tanto extrañado.

—¿Y eso? ¿Qué mosca te ha picado? Siempre te ha encantado que...

—Pero ahora quiero que te detengas algo más—Le señalé mi entrepierna y él entendió.

Guille siempre había sido un tanto primario para el sexo y no contaba con que yo había experimentado otras caricias que me habían abierto a nuevas sensaciones.

—Vale, vale, como quieras—Eché el freno y bajó.

o Cerré los ojos y me entregué al placer, rozando con su lengua mi clítoris mientras yo agarraba las sábanas. Mis gemidos subieron sus revoluciones al máximo y, para cuando abrí los ojos, vi las llamas del deseo en los suyos, ascendiendo hasta lo más alto.

—Estoy loco por entrar en ti, loco—Sus jadeos eran impresionantes.

Sin más, fui yo quien lo provocó, mientras él seguía sentado, permitiendo que entrara poco a poco en mí y ofreciéndole unos desnudos senos que también clamaban por ser degustados.

—No sabes lo que te he echado de menos—me comentó en ese momento mientras me penetraba, al tiempo que yo bajaba desde arriba.

Podía intuirlo porque lo hizo atropelladamente, al punto que no duró demasiado. Por más que lo intentó, la naturaleza siguió su curso y un grito por su parte me demostró que le había pasado.

Laxa, caí a su lado. Yo no lo había logrado, pero él tampoco me preguntó.

No al menos esa vez. Sí se alegró de que me ocurriese la siguiente, cuando por fin logré relajarme y entregarme a él.

—Como más mujer, ¿no? Es que esta isla me ha hecho madurar, creo que es eso.

—Sí, como más mujer; absolutamente apetecible diría yo.

Guille me siguió besando y es que no se le escapó tampoco que yo nunca había utilizado una ropa interior así de sexy, en negro y con encajes.

La ropa en cuestión no permaneció demasiado tiempo en mi cuerpo, lo mismo que la que él llevaba en el suyo. En un abrir y cerrar de ojos estábamos ambos en la cama y sus manos entrelazaban las mías, al tiempo que él hacía por entrar en mí.

—No, todavía no—le pedí y se quedó un tanto extrañado.

—¿Y eso? ¿Qué mosca te ha picado? Siempre te ha encantado que...

—Pero ahora quiero que te detengas algo más—Le señalé mi entrepierna y él entendió.

Guille siempre había sido un tanto primario para el sexo y no contaba con que yo había experimentado otras caricias que me habían abierto a nuevas sensaciones.

—Vale, vale, como quieras—Eché el freno y bajó.

Cerré los ojos y me entregué al placer, rozando con su lengua mi clítoris mientras yo agarraba las sábanas. Mis gemidos subieron sus revoluciones al máximo y, para cuando abrí los ojos, vi las llamas del deseo en los suyos, ascendiendo hasta lo más alto.

—Estoy loco por entrar en ti, loco—Sus jadeos eran impresionantes.

Sin más, fui yo quien lo provocó, mientras él seguía sentado, permitiendo que entrara poco a poco en mí y ofreciéndole unos desnudos senos que también clamaban por ser degustados.

—No sabes lo que te he echado de menos—me comentó en ese momento mientras me penetraba, al tiempo que yo bajaba desde arriba.

Podía intuirlo porque lo hizo atropelladamente, al punto que no duró demasiado. Por más que lo intentó, la naturaleza siguió su curso y un grito por su parte me demostró que le había pasado.

Laxa, caí a su lado. Yo no lo había logrado, pero él tampoco me preguntó.

No al menos esa vez. Sí se alegró de que me ocurriese la siguiente, cuando por fin logré relajarme y entregarme a él.

Capítulo 4



Lunes y tenía que incorporarme al hotel. Todas debíamos hacerlo.

—Vaya tres patas para un banco—dijo Rebeca por el camino.

—Sí y el banco cojo. Yo es que llevo un par de noches sin dormir demasiado bien, chicas—les confesé.

—Pero eso será después de darle a la zambomba, bonita, que se os escucha.

—¿Se nos escucha, Alba?

—Un poco, menos mal que tú la vergüenza la estás perdiendo, que sí no...

—Esta isla nos está cambiando a todas, amigas, en un sentido o en otro. Quién me iba a decir a mí que me enamoraría aquí—Rebeca estaba de capa caída.

—Pues anda que a mí, y de un tío que es una bala perdida como tu primo. Y yo que me las prometía tan felices. Si ya lo dicen las chicas en la tribu, que los tíos no cambian.

—No dirás que no te lo advertí, que mi primo tiene mucho encanto, pero también mucho peligro.

—Sí, lo que pasa es que una es orgullosa y pensaba que lo podría cambiar, más idiota yo...

—Es que este lleva toda su vida así, de una en otra, yo no sé cuándo va a sentar cabeza.

—Igual algún día, las cosas cambian, Alba—le sugerí.

—Sobre para ti, bonita, que la vida te está dando unos bandazos que no veas.

—Ya, y me tiene un poco loca, que lo sepáis.

—Pero ¿tú estás contenta, niña?

—Sí, muy contenta por lo de Guille, pero ahora me da mucha pena también de René.

—Pues si tú estás bien deberías ser un poco más egoísta, que a René mujeres no le faltarán—me soltó.

—Ya, tampoco me digas eso...

—Oye, lo que no vale es querer ser como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer, guapita.

—Ya, perdona, si tienes razón.

No sabía lo que me ocurría, porque a pesar de estar contenta también tenía un malestar que era algo fino, ¿quizás el fruto de no haber sido del todo sincera con ninguno de los dos? Pues podía ser.

Tampoco ayudaba el hecho de deberle a René la madre de todas las explicaciones. Cuando llegara debería dársela y eso era algo que no me tenía bien.

—Buenos días, Ruth, voy a necesitar hablar una cosita con René, el director, ¿me podrías confirmar si se encuentra ya en su despacho? —le pregunté al llegar.

Me había pasado lo mismo de toda la vida de Dios, que cuando tenía algo por dentro no paraba hasta que lo soltaba. Y yo tenía un nudo que debía deshacer.

—¿Con René? Lo siento, Camila, pero René va camino de París, ¿no lo sabías?

No me lo preguntó con sarcasmo, pues ella parecía haber dejado atrás todo el mal rollo que la caracterizó en los primeros días.

—No, no lo sabía—le confesé con voz triste.

—Creo que va a tardar en volver, también te lo digo, como un par de semanas.

¿Se habían puesto de acuerdo? Un par de semanas sería también lo que Guille tardaría en volver a Linares.

—Vale, te agradezco mucho la información.

i

Salí de hablar con ella y las chicas me esperaban.

—¿Ha pasado algo malo?

—No, que René se ha ido a París.

—Pero eso ya te lo advertió, ¿no?

—Sí y me invitó a ir con él, pero por algún motivo ha adelantado su viaje.

—Por un motivo llamado Guille, ¿no es así?

—¿También pensáis igual?

—Hombre, cariño, no hace falta ser un lince para eso. Blanco y en vasija...

—Es verdad, qué liada, no sé ni cómo voy a seguir trabajando en el hotel después de esto.

—Pues con tus dos manitas, nena, no queda otra. El curro es el curro y eso es sagrado, con lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

—Sí, y que si no hubiera sido por mi primo...

—Guapa, si es que algo se le tenía que dar bien a tu primo, aparte de joderle la vida a la gente—añadió Alba.

—Sí, cabezona, pero mira que te lo advertí y tú ahí, erre que erre, al final pasa lo que pasa.

—Haya paz, chicas, que me estáis poniendo la cabeza como un bombo.

De estar todas felizmente emparejadas, habíamos pasado a estar ellas solas y yo con un sentimiento más raro por dentro que no sabía cómo gestionar.

En ese instante, pasó una chica por delante de mí, de lo más distinguida y con un corte de pelo chulísimo.

—Una cosa así me quiero hacer yo, ¿cómo lo veis?

—Yo creo que te sentaría fenomenal, que para eso eres guapa a rabiar—opinó Alba y Rebeca asintió.

—Gracias, chicas, creo que igual me lo haré, así desfiladito y con unas mechas por delante que me den un poquito de luminosidad en el rostro.

—No, yo tampoco la conozco si es eso lo que me vas a preguntar—le comentó Rebeca a Alba.

—No, si cualquier día será ella la que nos meta en la ducha helada a nosotras, cómo está cambiando el cuento.

Sí que estaba cambiando porque me habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo. Y por encima de todas ellas estaba el recuerdo de aquel día que viví con René en su velero, cuando hicimos el amor.

Sin saber el motivo, ese día había marcado un antes y un después en mi vida. Él merecía una explicación por mi parte, pero debía ser cara a cara. No me veía enviándole un WhatsApp para tal cosa, como que me resultaba muy frío...

—Guapa, si es que algo se le tenía que dar bien a tu primo, aparte de joderle la vida a la gente—añadió Alba.

—Sí, cabezona, pero mira que te lo advertí y tú ahí, erre que erre, al final pasa lo que pasa.

—Haya paz, chicas, que me estáis poniendo la cabeza como un bombo.

De estar todas felizmente emparejadas, habíamos pasado a estar ellas solas y yo con un sentimiento más raro por dentro que no sabía cómo gestionar.

En ese instante, pasó una chica por delante de mí, de lo más distinguida y con un corte de pelo chulísimo.

—Una cosa así me quiero hacer yo, ¿cómo lo veis?

—Yo creo que te sentaría fenomenal, que para eso eres guapa a rabiar—opinó Alba y Rebeca asintió.

—Gracias, chicas, creo que igual me lo haré, así desfiladito y con unas mechas por delante que me den un poquito de luminosidad en el rostro.

—No, yo tampoco la conozco si es eso lo que me vas a preguntar—le comentó Rebeca a Alba.

—No, si cualquier día será ella la que nos meta en la ducha helada a nosotras, cómo está cambiando el cuento.

Sí que estaba cambiando porque me habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo. Y por encima de todas ellas estaba el recuerdo de aquel día que viví con René en su velero, cuando hicimos el amor.

Sin saber el motivo, ese día había marcado un antes y un después en mi vida. Él merecía una explicación por mi parte, pero debía ser cara a cara. No me veía enviándole un WhatsApp para tal cosa, como que me resultaba muy frío...

Capítulo 5



No tardé demasiado en someterme a ese cambio de imagen. Esa misma tarde lo hice.

—¿Te vas a ir a la peluquería estando yo aquí? —me preguntó un extrañado Guille.

No podía echárselo en cara. La culpa era mía y solo mía porque durante demasiado tiempo lo malacostumbré, poniéndolo muy por delante de todas mis necesidades.

—Solo serán un par de horas y sí, amor, determinadas cosas han cambiado, se llama madurez. Además, ¿tú no tendrías que estar estudiando?

—Ya lo he hecho durante toda la mañana, con tal de pasar la tarde contigo.

—Y la vamos a pasar, no te preocupes. Pero cuando yo vuelva de la peluquería.

Me acordé en ese momento de las veces que yo lo llamaba y él apenas me contaba nada porque ponía los estudios por delante de mí. Si él se había reservado su parcela, yo también tenía derecho a hacerlo. Y con eso no le haría daño a nadie.

De camino a la peluquería me sentí bien y, además, que yo siempre lo había escuchado a las chicas en el grupo de la tribu, que las mujeres independientes eran mucho más interesantes a los ojos de los hombres.

Si era así, y por una sencilla regla de tres, yo me iba a ganar el interés de Guille a lo grande, porque estaba cambiando de modo de pensar.

—¿Crees que me sentará bien? Lo digo por mis facciones—le pregunté a la peluquera.

Me la había recomendado una compañera de trabajo, que era de la isla y que me dijo que allí me atenderían de maravilla porque era su prima.

—Seguro que sí, estos cortes desfilados y más largos por delante sientan genial y más así, en versión media melena.

Quería deshacerme de una imagen que me había acompañado durante demasiado tiempo, siempre con melena larga e igualada, sin sal ni pimienta.

—Uy, qué ilusión—Yo le llevaba una foto que encontré de una famosa con un corte similar al de la chica que vi por la mañana.

—Claro, mujer, y también puedo ponerte esas mechitas, que quedan ideales.

—Sí, sí, las mechitas también, que yo ya quiero el pack completo.

—Pues eso está hecho, yo me llamo Fany, ¿y tú?

—Yo Camila, me envía tu prima Mara, trabajo con ella en el hotel.

—Anda qué bien. Al final tendré que darle comisión a mi prima, que no para de mandarme amigas. Y eso que corto el pelo fatal, el otro día terminé por tener que rapar a una del desaguizado que le formé en la cabeza.

La miré alucinada y se echó a reír.

—¿Y que soy una cachonda mental no te lo avisó mi prima? Porque debió comenzar por ahí, yo me río hasta de mi propia sombra.

—Y a mí me parece fenomenal, chica, pero casi cojo el pescante.

Con Fany me lo pasé muy bien porque era de lo más loca y tenía mucha chispa, aparte de una imagen súper cuidada y moderna. Me dio muchos consejos para el cuidado del pelo, se veía que le encantaba su trabajo.

—¡Tachán! —me dijo dándole la vuelta al asiento giratorio en el que terminó de secarme la melena, hacia abajo y de frente a ella.

Me vi frente al espejo y sonreí. Parecía otra Camila, con una imagen mucho más renovada y fresca.

—¡Te como esa cara! Qué guapa me has dejado.

—No, guapa venías ya, yo te he dado un toque más actual, te los vas a tener que quitar de encima.

—Ay, si yo te contara...

No era plan de contarle, que yo tenía ya para escribir un libro, pero se lo dejé caer.

—Así estamos todas. Hombres, que los compre quien los entienda.

Me despedí de Fany y me fui para casa. Las chicas me abrieron la puerta.

—¡Ohlalá! ¿Se puede estar más guapa? —Alba se llevó las manos a la boca.

—¿Qué ha sido de nuestra amiga? De esa que pedía consejo hasta a la hora de ir al baño, madre mía—Rebeca también estaba entusiasmada.

Guille salió del dormitorio e igualmente flipó.

—¡Si tengo la novia más bonita del mundo! —Me cogió en brazos.

—Oye, ¿tú tan efusivo?

—Es que he estado pensando que mejor que me ponga las pilas, porque tú estás cada día de mejor ver y con tanto cambio como el que me traes...

—Eso es lo que hay—Le sonreí y le di un beso.

—Y lo que hay ahora es que salir a la calle a que luzcas ese peinado, te invito a merendar.

—Venga...

Nos fuimos a la zona de Puerto del Carmen, que también me gustaba mucho. En realidad, a mí “El Golfo” me tenía enamorada y me refiero a esa parte de la isla, que yo con los golfos no quería nada. Pero Puerto del Carmen nos ofrecía numerosas posibilidades de ocio y para allá que enfilamos.

—No me digas nada, quieres unos creps con Nutella, ¿a que sí? —me preguntó.

—¡Bingo! —Yo estaba de lo más entusiasmada con mi cambio de imagen y con ganas de degustar una de esas delicias.

—Pues marchando...

Guille me pidió uno y para él un trozo de tarta de queso, que era una de sus preferidas.

Cuando me trajeron mi plato flipé.

—Este merece fotaza y ser subido a las redes. Me voy a poner hasta las cejas...

—¿Tú solita vas a poder con todo eso, cariño?

—Por la cara que está poniendo, puede con ese plato y con otro más que le pidas—le aclaró la camarera, una chica de lo más amable.

—Es que tienen una pinta irresistible, no sabía que los hacíais tan ricos—le comenté.

—Sí, mujer, los nuestros tienen fama de ser los mejores creps de la isla, ¿no lo sabías?

No lo sabía, pero en ese momento me fijé en el nombre del local y me vino a la memoria que de ese me había hablado René. Ahí era donde pretendía llevarme a tomarlos y, sin embargo, yo solita los había descubierto.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó Guille, viendo que me quedé pillada.

—No, es solo que me acabo de acordar de una cosa, pero no tiene importancia.

—Pues menos mal que no la tiene, porque vaya carita que has puesto.

—Ya, no pasa nada.

Inevitablemente, y aunque yo quisiera pasar página y vivir con Guille, me acordaba mucho de René. Y en momentos como aquel, los recuerdos me envolvían hasta sacarme de mi realidad.

—Pues si no pasa nada pruébalos y te pasará, porque tienen pinta de estar exquisitos...

Capítulo 6



—¡Ni te me acerques! —le comentó Alba a Sergio cuando vino a buscarla a la hora del desayuno.

—Mujer, que hace días que intento hablar contigo y no hay manera humana.

—Pues te jodes como Herodes, es lo que les pasa a los mentirosos, porque eso es lo que eres tú, un mentiroso, ¿te ha quedado claro o necesitas que te lo deletree?

—Prima, dile algo a tu amiga...

—Yo ya la previne, ya no puedo hacer más, primo.

—¿La previniste contra mí? Venga ya, de qué tengo fama.

—De ir de una en otra, de eso, primo. Y le has hecho daño a Alba. Por mucho que te quiera, no puedo darte la razón.

Yo veía la escena mientras me comía un bocata de paté de jamón york que estaba exquisito.

—No te lo comas todo que Ruth ha traído unos dulces para compartir, que es su cumpleaños—me advirtió Rebeca.

—¿Qué dices? ¿Vosotras lo sabíais? Jolines, le podríamos a ver traído un detalle, un poco más y coincidimos las dos el mismo día.

—Nos hemos enterado esta mañana. Y estoy contigo, de haberlo sabido le habríamos traído un Satisfyer, que ya es menos siesa con nosotras, pero la cara de avinagrada no se le termina de quitar.

—No seáis malas, pobrecita.

—¿Pobrecitas? Qué pronto se te ha olvidado cuando nos trataba con la punta del pie, que todavía estoy negra como un Conguito de aquella mañana.

—No seas rencorosilla, mujer, que eso ya es agua pasada.

—¡Hola! Os recuerdo que estoy aquí—Sergio nos pasó la mano por delante de la cara.

—¿Y? Ya te puedes ir por donde has venido—En los planes de Alba no estaba el ser clemente con él.

—Muy bonito, esto está muy bonito.

—No, lo que está muy bonito es decirme que vas a trabajar y luego encontrarte con una fulana en un coche, eso es lo que está precioso. Mira Sergio, que yo estaba callada, pero si tú vienes por lana, te prometo que vas a salir trasquilado.

—Lo siento, de veras que lo siento, nunca debí mentirte. Lo que pasa es que Ana volvió a la isla y lo nuestro habí quedado...

—¿Me vas a contar ahora una peli romántica? Si quieres cojo un pañuelito y echo la más grande en versión lágrimas. O sea, que encima era una ex tuya.

—Mujer, sí, bueno tanto como una ex... prefiero no mentirte más.

—Chicas, ¿alguna me puede acercar una fregona? Es que primero le voy a lavar los morros con ella para que no diga más sandeces y ya luego le voy a partir el palo en la cabeza.

—Eso se llama debatir, muy bonito.

—Eso se llama estar que arañó porque me has engañado y punto. O sea, que esa chica es tu novia.

—Teóricamente, pero no en la práctica.

—Esperad, que ahora además va a arrimar el ascua a su sardina, este se la carga.

—Primo, ¿tú crees que es plan de discutir esto aquí, delante de nosotras?

—Es que no logro cogerla a solas ni por cachondeo. Y necesito que me escuche.

—Yo lo escucharía, que los malentendidos son lo peor en el mundo, amiga—le aclaré.

—Muchas gracias, Camila. Y, por cierto, qué guapa estás con ese look nuevo.

—No, si todavía te tirará los tejos delante de Alba—murmuró Rebeca y tuvimos que reírnos los cuatro, porque también se enteraron.

—Venga, que sí me quieres escuchar...—Aprovechó la risa de Alba.

—No, lo único que quiero es que te vayas a freír espárragos por ahí y me dejes. Será posible el tío, encima tenía novia...

—Pero es que ella se fue de la isla y, aunque no dimos nada por zanjado, yo sentí mucho su lejanía...

—Tú sentiste su lejanía y te liaste conmigo, ¿no?

—Es que sí que empezó como un lío, pero después me he enamorado de ti.

—Quita, quita, a otro perro con ese hueso, ¡cuántas veces habrás dicho eso!

—Seguro que unas cuantas y todas ellas a mujeres distintas—le aclaró su prima.

—Rebeca, ¿tú de parte de quién estás? Que nos corre la misma sangre por las venas, prima.

s —Yo de parte de la razón. Y Alba tiene más que un santo. No me hagas meterme en la conversación o saldrás más escaldado.

—No, no, para eso mejor te callas.

a

—Pues eso, que me dejes—Cruzó los brazos por encima del pecho y cerró un poquillo los ojos, aprovechando el calorcito que hacía.

—A ver, Alba, que yo lo único que quería era hablarle a Ana, decirle que habíamos terminado y ya.

—Y para eso me mientes y te la llevas por ahí en el coche.

—Porque la recogí del aeropuerto, mujer, que llegó sin decirme nada y me vi en el compromiso total.

—Esta debe ser “La isla de las sorpresas” porque mi novio hizo igual—intervine.

—Eso es verdad, que tú también la has liado parda con René, ya me he enterado—me comentó él.

—Pero lo mío era distinto, no compares, que yo sí había roto con Guille.

Omití el pequeño detalle de que todavía no era así el día que lo besé por primera vez, pero eso no era de su incumbencia.

—Y a vuestra amiga no le decís nada, ¿no? Si lo hago yo, es un crimen y si lo hace ella, una gracia.

—Es distinto y te callas, porque Camila no es ninguna sinvergüenza y no le gusta ponerle los cuernos a nadie—matizó Alba.

—¿Y yo sí? La madre que me parió, para una vez que he querido ir en serio con alguien...

—Rebeca, ¿tú de parte de quién estás? Que nos corre la misma sangre por las venas, prima.

—Yo de parte de la razón. Y Alba tiene más que un santo. No me hagas meterme en la conversación o saldrás más escaldado.

—No, no, para eso mejor te callas.

—Pues eso, que me dejes—Cruzó los brazos por encima del pecho y cerró un poquillo los ojos, aprovechando el calorcito que hacía.

—A ver, Alba, que yo lo único que quería era hablarle a Ana, decirle que habíamos terminado y ya.

—Y para eso me mientes y te la llevas por ahí en el coche.

—Porque la recogí del aeropuerto, mujer, que llegó sin decirme nada y me vi en el compromiso total.

—Esta debe ser “La isla de las sorpresas” porque mi novio hizo igual—intervine.

—Eso es verdad, que tú también la has liado parda con René, ya me he enterado—me comentó él.

—Pero lo mío era distinto, no compares, que yo sí había roto con Guille.

Omití el pequeño detalle de que todavía no era así el día que lo besé por primera vez, pero eso no era de su incumbencia.

—Y a vuestra amiga no le decís nada, ¿no? Si lo hago yo, es un crimen y si lo hace ella, una gracia.

—Es distinto y te callas, porque Camila no es ninguna sinvergüenza y no le gusta ponerle los cuernos a nadie—matizó Alba.

—¿Y yo sí? La madre que me parió, para una vez que he querido ir en serio con alguien...

Capítulo 7



El fin de semana llegó después de unos días de lo más moviditos y Guille tenía sus planes.

—Tengo ganas de que vayamos mañana a la playa, ¿te parece? —me preguntó el sábado al mediodía.

—Me parece, por fin libro, me parecerá mentira.

Había sido una semana de mucho estrés emocional también y yo lo que necesitaba era despejar la mente.

—Pero esta noche quiero que salgamos, aunque no nos recojamos demasiado tarde para disfrutar mañana de la playita.

—Vale, me parece.

Era lo menos, estábamos en verano en el mismísimo paraíso y no habría sido plan de quedarnos en casa.

Se echó la siesta y yo cogí las llaves, saliendo de puntillitas. Me disponía a ir de compras y se me ocurrió la idea de llamar a Yurena, a la que no veía desde el día de mi cumple.

—Me gustaría, pero no voy a poder. Resulta que mi padre está pasando unos días fatal, le dan como unos brotes psicóticos y lo dejo solo lo imprescindible, para ir al curro y poco más.

—Qué cruz tienes, bonita. Yo creí que igual andabas enfadadilla conmigo.

—¿Enfadada? No, mujer. Tú sabrás lo que haces con tu vida, a René lo adoro, pero también entiendo que si ha vuelto tu novio quieras dar marcha atrás.

—Oye, ¿y si me voy a tu casa y paso un rato contigo? Tampoco es que me haga tanta falta salir de compras, prefiero hacerte compañía.

—Te lo agradezco, pero mi padre está muy mal. Y teniendo en cuenta cómo se puso cuando te vio la otra vez, ya no me fío. Yo no sé qué mosca le ha picado a este hombre. El padre de René está tratando de que vaya a terapia, pero se niega en banda.

—Chiqui, pues sí que estás apañada. Es que no sé ni qué decirte, me da tanta pena...

—No tienes que decir absolutamente nada, solo salir y pasártelo bien.

Era un amor, Yurena era un amor y a mí me daba muchísima pena la vida que le había tocado. No es que la mía

fuese de película, pero no había comparación.

Me llegué por el centro comercial y vi una falda con un top, monísimos. La falda era negra, cortita, de volantes y el top era beige, lencero, con encajes también en negro.

Me los probé y cogí unos tacones de la misma tienda para ver el efecto. Me vi divina y no dudé en quemar tarjeta, que para eso estaba una dale que te pego todo el día al mocho.

Salía de ella cuando me encontré a Ruth, algo que no esperaba para nada.

—Hola, qué sorpresa, ¿has venido a darte una vueltecita?

—Sí, tengo una sobrina así de tu edad y es su santo en estos días, vengo a buscarle algo—Después de tomar los pasteles con ella días atrás, como que nos sentíamos con más confianza.

—Pues hay monerías, yo me he comprado una faldita y un top que son de dulce, ¿te los enseño?

Se quedó como cortada. Parecía que Ruth no estaba demasiado acostumbrada a que las personas fueran así de condescendientes con ella, que era un poco huraña.

—Vale, si quieres...—Me sonrió con timidez.

También sentí que en la calle estaba como pez fuera del agua, como si detrás de su trabajo de gobernanta se sintiera más segura.

Se lo enseñé y parecieron gustarle bastante.

—Estarás muy guapa, ¿vas a salir a cenar?

—Sí, ha venido a verme mi novio unos días y... es que lo habíamos dejado... es un poco complicado.

Yo tampoco me sentía demasiado cómoda, pues ella podría pensar que había estado jugando con René para ganarme su favor.

—No me tienes que dar explicaciones, las cosas a veces se complican, lo sé muy bien.

Me agradó su reacción porque no me juzgó en ningún momento y eso era de agradecer.

—¿Quieres que te eche una manita para escoger lo de tu sobrina?

—¿No te importaría?—Pareció sorprendida.

—En absoluto, tengo tiempo. E incluso si después te apetece, nos podríamos tomar un café.

Me pareció que estaba necesitada de compañía y yo tampoco es que tuviera excesiva prisa por volver a casa. Guille dormía como un lirón y seguramente lo haría toda la tarde, una tarde que a mí me apetecía aprovechar.

En un santiamén le escogimos un conjuntito a la chica y buscamos un lugar en el que tomarnos ese café.

—No te voy a negar que creí que tenías algo con René y tampoco te voy a negar que me ha sorprendido que no sea así, porque yo veía que pegabais.

—¿En serio? Pero si él es de lo más pijo y yo solo...

—Tú solo, ¿qué? Camila no creo que sea yo la primera persona que te dice que eres muy elegante. Y otra cosa, últimamente te arreglas más, me gusta mucho tu cambio de estilo.

—¿Y tú por qué no te haces uno, Ruth?

—¿Yo? —Se echó mano a su coleta como si esta hubiera de permanecer ahí por los siglos de los siglos.

—Claro, tú. Estarías guapísima también con la melena suelta y con un toquecito de color, mujer...

Ruth era guapa, pero el tener el pelo salpicado de canas le hacía parecer mayor.

—Lo dices por las canas, ¿no?

—Es que yo de ti me iría a quitármelas en un santiamén. Y de paso me daba un corte más juvenil. Y mira que a mí me ha costado, pero ahora estoy encantada.

—Ya, lo que ocurre es que tú eres una niña a mi lado.

—¿Y qué? Tú también eres muy joven y puedes tener a los hombres a tus pies.

—Vamos, no me hagas reír, si yo de hombres... Mira, es que ya ni me acuerdo.

Unas tan poco y otras tanto, porque Guille no paraba de buscarme todas las noches, que estaba de lo más eufórico con el sexo desde que había llegado. Por no contar el encuentro que tuve con René.

—Pues la vida a veces te sorprende, no te cierres.

—¿Y a ti no te sorprendió con René? Mira, no quiero meterme donde no me llaman, pero yo vi tus ojos de entusiasmo en determinados momentos. Y lo que es más difícil, los suyos, que hacía mucho que no brillaban así.

—Desde Kalyna, ¿puede ser?

—¿René te ha hablado de ella?

—No, me lo ha contado un pajarito.

—No me extraña que no lo haya hecho, él nunca volvió a ser el mismo tras aquello.

—¿Tú sabes lo que ocurrió?

—No, lo cierto es que no. Pero sí sé que sufrió, porque lo vi en sus ojos día tras día. Y ese sufrimiento no se había marchado, hasta ahora...

í

l

Capítulo 8



—Estás de infarto, me voy a tener que partir la cara con más de uno, lo estoy viendo—me dijo Guille cuando me vio salir arreglada.

—Mírala, qué guapísima que está—Me dio un besazo Rebeca.

—¿Y tú? ¿Tienes plan para esta noche?

—Un plan loco, no tengo demasiadas ganas de nada, esa es la verdad.

—¿Y Alba tampoco?

—Esa menos. Hace un rato la he escuchado volver a discutir con mi primo, se estaban poniendo finos.

—Pues sí que está bien la cosa, chica.

—Está de narices, sí.

—Oye, ¿y por qué no os venís a cenar y a tomar una copa con nosotros? A Guille seguro que no le importa, ¿verdad, amor?

—Hombre, chiqui, no me lo tomes a mal, pero mi idea era que saliéramos los dos, en plan parejita.

—Tiene toda la razón Guille, ¿quién nos ha dado a nosotras velas en ese entierro? No hay nada que hablar al respecto, ya os podéis ir.

Me apenaba verlas a ambas hechas polvo como estaban y salir arreglada delante de sus narices. En cualquier caso sabía que quedarían con las chicas y se pasarían buena parte de la noche riendo en la tribu.

Llegamos a un restaurante en el que Guille había reservado.

—¿No te gusta? —me comentó, pues me quedé mirando la fachada.

—Sí, claro que me gusta. Es precioso, pero esto debe costar un ojo de la cara, vámonos.

—No, no, te voy a invitar yo y quiero que nos quedemos.

—No te entiendo, ¿qué ha sido del Guille que siempre miraba por el dinero porque estaba sin blanca?

—Sigo siendo el mismo hasta que apruebe, que estoy poniendo toda la carne en el asador y a la próxima lo logro, también te lo digo. Eso sí, es que mis padres han vendido unas tierras y me han dado un piquito, por eso estoy pudiendo hacer estas cosillas.

—Hombre, me alegro de que así sea, pero deberías guardar y no derrochar, que el dinero vuela.

—¿Y dónde voy a gastarlo mejor que aquí y contigo? Además, esta noche es especial.

—¿Y qué tiene de especial? Yo creo que es una como otra cualquiera.

—No, créeme que es especial, amor.

—No sé, me coges un poco de improviso. Por mí, mejor nos vamos.

—Hazme caso y pasa, por favor—me indicó el salón.

Así lo hicimos y enseguida vino el metre a ver si estaba lo suficientemente acomodada.

—Sí, gracias, no se preocupe, que ya puedo yo—le comenté al ver que me echaba la silla para adelante con la intención de que alcanzara mejor la mesa.

—Yo aquí estoy un poquito fuera de lugar, que lo sepas—le comenté a él después.

—Tú aquí vas a estar como una reina, quiero que conserves un bonito recuerdo de esta noche y obvio que no iba a ser en un sitio cutre.

—Porque tú lo digas, que a mí me da igual.

Sin más, comenzó por pedir una carísima botella de vino que me dejó con las patas hechas trancas.

—Esto vale casi 200 pavos, por la gloria de mi abuela que a ti se te ha ido la cabeza, Guille.

—Que no, que no hay problema, hazme caso.

El camarero nos trajo la botella y nos sirvió un par de copas.

—Sé que igual debería esperar al postre, pero a mí me pierden los nervios, cariño.

’ —Suéltalo ya, porque también me van a poder a mí.

—Es que yo... Yo nunca te he pedido la mano como tal, lo he dado por hecho y listo. Y eso me parece muy poco romántico.

—¿Y ahora sí lo vas a hacer? —Me quedé impresionada.

—Obvio, porque no solo vine para traerte tu colgante, sino también esto—Me dio una cajita cuyo contenido no era ningún misterio.

—Pero Guille, es precioso... Debe haberte costado un dineral.

—Ni se te ocurra hablar de dinero ahora, este es nuestro momento, ¿quieres probártelo?

El dedo me temblaba porque todo aquello me había dejado como la que se tragó el cazo, por lo que me ajustó él ese anillo tan maravilloso.

—Te va perfecto, ¿no?

—Sí, sí, perfecto. No lo esperaba, ha sido un detalle precioso.

—El que tú merecías, qué menos. Perdona por haber sido tan desconsiderado, procuraré que no vuelva a pasar a partir de ahora.

—Tranquilo, que no hay nada que perdonar. Perdóname tú si alguna vez te he fallado.

Lo dejé en condicional cuando lo cierto era que yo valía más por lo que callaba que por lo que contaba.

—No vuelvas sobre eso, ya está olvidado. Y menos en una noche como esta, que es nuestra noche.

—Guille, pero nosotros ahora no podemos casarnos.

—Ya lo sé, pero te he dicho que estoy haciendo todo lo posible para sacarme la plaza y, en cuanto lo consiga, nos casaremos.

—Vale, eso me parece lógico.

—Y hay algo más, nena...

—Dime, pero si es algo que me vaya a acojonar, ve despacito, que no gano para sustos.

—No, es solo que yo no le veo mucho sentido a esto de que estés aquí, en Lanzarote.

—Pero yo estoy bien aquí, Guille, me gano la vida y no estoy sola, estoy con las chicas.

—Y a mí me encanta saber que te cuidan tan bien, pero uno no está en ningún lado como en su casa, ¿o no?

—Pero es que yo no tengo casa, ¿o es que lo has olvidado?

—Ya, también está hablado.

—¿Hablado? No entiendo, ¿hablado con quién?

—Con mis padres y ellos están totalmente de acuerdo en que te vengas a vivir a nuestra casa hasta que yo saque las oposiciones.

—¿A vuestra casa? Pero ¿por qué?

—Porque tenemos sitio suficiente y porque han visto lo que hemos sufrido al separarnos. Sabes que ellos te adoran y, es más, también te extrañan.

—Y yo a ellos, pero es que tengo que ganarme la vida.

—Pues te coges allí cualquier trabajito y sacas para tus gastos y para lo que quieras, pero a tu casa vas.

—Guille, no me lo tomes a mal, pero es que no termino de verlo, esa es la realidad.

—Eso lo dices ahora porque te ha cogido de sopetón, pero seguro que en cuanto lo madures entiendes que es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Lo mejor para nosotros, para la pareja.

—Pero quizás no sea lo mejor para mí, ¿no me escuchas?

—Es que no te quiero escuchar, Camila, ¿dónde ha quedado eso de que juntos valíamos más que por separado?

Me tocó la fibra sensible porque había cosas muy nuestras a las que yo había sido fiel toda la vida. Y en unos momentos en los que la fidelidad no era precisamente mi fuerte sentí que le debía algo.

—Ya, si es lo mejor para la pareja...

—Mira, yo lo he estado consultando y todavía hay plazas en mi vuelo de vuelta, por eso no tengas problema.

—¿En tu vuelo de vuelta? Pero para eso solo falta una semana, es muy poco tiempo. Incluso para dejar el trabajo es muy poco tiempo, debería avisar con un mínimo de quince días de antelación.

—¿Y qué? Si no quedan contentos no pasa nada, si tú no tendrás que volver.

—Hombre, pero Sergio dio la cara por nosotras y no me parece bien pagarle con esa moneda.

—Tú no le vas a hacer ningún daño y, además, ¿ese no es el mismo tipo que tiene a tu amiga Alba llorando por lo rincones? Pues sí que le debes tú nada, por las narices.

En eso quizás tuviese razón. Y otro factor pesó en su favor; si me iba cuando él me decía no tendría que volver a encontrarme más con René y así me libraría de darle unas explicaciones que me dolían en el alma.

Por más que trataba de quitarle hierro al asunto en mi mente, para no hacerme daño, no podía evitar pensar que no me había portado bien con él, que no fui lo suficientemente franca y que tampoco tuve tacto alguno al aparecer por mi fiesta de cumpleaños agarrada a Guille sin ponerlo sobre aviso.

—Sí, en eso tienes razón, Guille...

—En eso y en todo. Tú hazme caso y nos irá bien.

—Guille, no me lo tomes a mal, pero es que no termino de verlo, esa es la realidad.

—Eso lo dices ahora porque te ha cogido de sopetón, pero seguro que en cuanto lo madures entiendes que es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Lo mejor para nosotros, para la pareja.

—Pero quizás no sea lo mejor para mí, ¿no me escuchas?

—Es que no te quiero escuchar, Camila, ¿dónde ha quedado eso de que juntos valíamos más que por separado?

Me tocó la fibra sensible porque había cosas muy nuestras a las que yo había sido fiel toda la vida. Y en unos momentos en los que la fidelidad no era precisamente mi fuerte sentí que le debía algo.

—Ya, si es lo mejor para la pareja...

—Mira, yo lo he estado consultando y todavía hay plazas en mi vuelo de vuelta, por eso no tengas problema.

—¿En tu vuelo de vuelta? Pero para eso solo falta una semana, es muy poco tiempo. Incluso para dejar el trabajo es muy poco tiempo, debería avisar con un mínimo de quince días de antelación.

—¿Y qué? Si no quedan contentos no pasa nada, si tú no tendrás que volver.

—Hombre, pero Sergio dio la cara por nosotras y no me parece bien pagarle con esa moneda.

—Tú no le vas a hacer ningún daño y, además, ¿ese no es el mismo tipo que tiene a tu amiga Alba llorando por los rincones? Pues sí que le debes tú nada, por las narices.

En eso quizás tuviese razón. Y otro factor pesó en su favor; si me iba cuando él me decía no tendría que volver a encontrarme más con René y así me libraría de darle unas explicaciones que me dolían en el alma.

Por más que trataba de quitarle hierro al asunto en mi mente, para no hacerme daño, no podía evitar pensar que no me había portado bien con él, que no fui lo suficientemente franca y que tampoco tuve tacto alguno al aparecer por mi fiesta de cumpleaños agarrada a Guille sin ponerlo sobre aviso.

—Sí, en eso tienes razón, Guille...

—En eso y en todo. Tú hazme caso y nos irá bien.

Capítulo 9



—Chicas, me vuelvo a Linares con Guille—les anuncié en el desayuno y me miraron como si hubieran visto a un unicornio volando.

—¿Cómo? No puede ser verdad—se adelantó Rebeca.

—No, no puede ser. Yo iré a hora a destaponarme los oídos porque creo que no escucho bien—añadió Alba.

—La habéis escuchado estupendamente y yo lo siento, pero os la robo—Guille quiso hacerse el gracioso, pero a ellas no les hizo ni puñetera gracia.

—¿Y se puede saber por qué? Camila estaba estupendamente aquí, a la vista está que el cambio le ha sentado fantástico—se quejaron.

—Por esto, chicas—Les enseñé el anillo.

—¿Te casas? Pero ¿te casas ya?

—No, me caso cuando Guille saque la plaza, pero me lo ha pedido formalmente.

—¿Y eso en qué cambia las cosas? —Rebeca estaba de lo más guerrera.

—Las cambia y mucho, ya tenemos un proyecto de vida serio en marcha. Y mis padres la están esperando con los brazos abiertos...

—Yo no entiendo nada, pero tú misma—Alba se echó las manos a la cabeza.

—Es que no hay mucho que entender, nos vamos en unos días a nuestra tierra, tampoco se acaba el mundo—les volvió a aclarar.

—Te vamos a echar mucho de menos, mequetrefe—me soltó Rebeca con lágrimas en los ojos, evitando hablar con él.

—Eso, eso—Alba se unió a nosotras y las tres nos abrazamos.

—Y yo también a vosotras, pero la vida son etapas y esta va tocando a su fin.

—Jolines, pues qué poquito nos ha durado lo de vivir juntas. Yo creía que nosotras íbamos a ser como las tres mosqueteras, pero ha llegado Dartagnan y todo se ha ido a la porra—argumentó Alba.

—Camila estará donde debe estar—les dijo él y, si las miradas mataran, lo habrían enterrado en el plazo que marca la ley.

Me preparé para irme a la playa, después de un desayuno que no me resultó especialmente fácil. La tarde anterior, cuando estuve con Ruth, también me terminé comprando un bonito trikini en rojo antes de salir del centro comercial, de manera que me dispuse a estrenarlo porque en Linares playa, playa no es que hubiera precisamente y yo no sabía cuándo volvería a pisarla.

—Estás que eres un bombón, mi vigilante de la playa sexy, no pareces tú, me temo que tardaremos algo más en irnos—Guille cerró la puerta y me quitó el trikini con tal ímpetu que a punto estuvo de partirlo.

—Eh—me quejé...

En el fondo sentía algo de rabia, no sabía si por lo del trikini o por tener que dejar allí a mis amigas, pero cuando quise darme cuenta era yo quien había tomado las riendas.

Cabalgué sobre él con furia, como un caballo que trota sin rumbo fijo, pero que necesita sentir el aire meciendo sus crines. De la misma forma, yo sentí que me ahogaba entre aquellas cuatro paredes y que necesitaba oxígeno.

Cabalgué y cabalgué hasta el punto de que cuando Guille quiso cambiar de postura no se lo permití. Necesitaba llevar las riendas de algo en mi vida y, si no eran las de mi destino, serían al menos las de la cama.

Caímos exhaustos el uno sobre el otro cuando terminamos; yo por el mucho esfuerzo realizado y él por la enorme cantidad de botes que di sobre su cuerpo.

—Es flipante, no te habría imaginado nunca así, Camila. Eres una nueva versión, una jodidamente buena nueva versión...

—Hay muchas cosas de mí que no sabes—le solté sin pensar.

—Ey, será un decir, ¿no?

Guardé silencio en un momento en el que hubiera querido gritarle que no era un decir, que sí tenía mis secretos y que algunos de ellos acompañarían mis sueños húmedos durante el resto de mi vida. Habría querido reunir el valor suficiente, pero no lo hice. Callé, solo callé.

Después de eso no me quedaron demasiadas ganas de ir a la playa, esa es la realidad. Entre otras cosas porque me había dado una paliza, aunque la que más estaba trabajando era mi mente.

No había dormido demasiado bien en una noche en la que se avecinaban demasiados cambios y todos ellos muy precipitados. Sin pretenderlo, y con su mejor intención, Guille me había presionado y yo no había sabido estar a la altura de las circunstancias y decirle que necesitaba algo más de tiempo.

—¿Y si nos quedamos hoy aquí? —le pregunté.

—¿Estás pachucha o algo? Aunque creo que no, a juzgar por lo que acaba de pasar, ¿sabes nena? Estás desconocida, creo que esta nueva versión de Camila me va a enamorar todavía más. Estás... no sé ni cómo decirlo, ahora sí que puedo confirmarte que no tienes nada que ver con la antigua.

—No, no estoy pachucha. Tienes razón, deberíamos irnos.

En sus palabras encontré algo de ánimo y la idea de quedarme con él todo el día allí tampoco es que me sedujera. Yo necesitaba que me diera el aire porque estaba notando que me faltaba más por momentos.

El hecho de no ver a René antes de irme me aliviaba, pero por otra parte también me angustiaba, porque en cierto modo sentía que así quizás me costara más pasar página, al no poder cerrar ese capítulo de mi vida.

Terminamos en Playa Blanca, porque era una de las que Yurena me había recomendado como imprescindibles en la isla.

Cuando llegamos a aquel pequeño pueblo de pescadores pensé que había sido la elección perfecta. Se trataba de un rinconcito mágico en la isla, con su fina arena y sus transparentes aguas, nada tenía que envidiarle a otros enclaves paradisíacos como el Caribe.

Llegamos relativamente temprano, pues el hecho de que yo pasara mala noche terminó por hacernos madrugar, por mucho que luego nos hubiéramos entretenido un poco en el dormitorio.

En el instante en el que tiramos las toallas en la arena, sentía que había pocos lugares en el mundo que pudieran gustarme como aquel. Sí, esa isla volcánica me había enamorado en muy poco tiempo y no tomé conciencia hasta aquel momento.

Tenía razón Sergio el día que me dijo aquello de “estás condenada”. Y tanto que lo estaba, lo supe en el momento en el que entendí que me iba a costar más trabajo del que nunca pensé abandonar aquel lugar.

—Me han dicho que aquí se come de muerte, ¿sabes? Luego te voy a invitar a almorzar en algún sitio de esos tan pintorescos, vas a flipar.

—Como no nos vayamos pronto, te vas a quedar sin un euro de ese dinerillo que te han dado tus padres.

—No importa, el dinero está para disfrutar, ¿y con quién mejor que contigo, mi vida?

—Gracias—le contesté.

—¿Gracias? Un poquillo más de efusividad no estaría mal, esperaba que me respondieras que piensas igual o alguna cosita similar, ¿o es que tu novio no lo merece? Tu novio y tu prometido, que ya puedo hilar más fino.

Guille tenía toda la razón. Estaba pagando los platos rotos cuando no hacía más que agasajarme desde que llegó a la isla, que el pobre ya no sabía lo que hacer para verme contenta.

—Claro que sí, perdóname, es que son los dichosos cambios. Nunca los he llevado demasiado bien y están siendo muchos en muy poco tiempo, espero que me disculpes.

a

—Claro que te perdono, cariño, claro que te perdono.

Esbocé una sonrisa que pretendí que fuera lo más sincera posible porque él no tenía la culpa de nada de lo que me estaba ocurriendo.

—Así me gusta preciosa, tienes la sonrisa más bonita del mundo y lo sabes.

—La tuya tampoco se queda atrás—añadí si bien había otra sonrisa que, por mucho que yo pretendiera evitarlo, me perseguía a todas las horas y allá donde fuese.

Sin duda era la sonrisa de René, una que me había calado hondo en muy poco tiempo y que tenía que luchar por sacar de mi interior porque, de no ser así, corría el riesgo de que se me enquistara, convirtiéndome en una amargada.

—Cómo me gusta escucharte esas cosas, ¿sabes que siempre has sido la única para mí? Desde que te conocí, la única. Nadie puede igualarte, Camila, no en mi corazón...

No sabía él cuánto daño me hacían sus palabras en un momento en el que intentar igualarlas suponía ser una hipócrita total.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes, que no lo dudo, ¿nos vamos al agua?

—¿Ya quieres ir al agua? Lo que yo te diga, una Camila desconocida, con lo poco acuática que has sido siempre.

—No vayas a comparar una piscina con esto, que es un rincón privilegiado del mundo.

—Sí que lo es, pero no creas que no tengo yo ganas de que volvamos a Linares, a casa.

Nos estuvimos bañando y traté de olvidarme por un rato de todo lo que nos estaba ocurriendo. Allí, en esas aguas cristalinas, no se me ocurría un lugar más ideal para olvidarme de las preocupaciones y centrarme solo en el momento, en llevarme en la memoria un trocito de paraíso que ya, en cierto modo, sentía mío.

Al mediodía, tal cual me había anunciado Guille, degustamos un pescado que me pareció absolutamente delicioso además de un postre típico de la tierra, como no podía ser de otra forma.

—Habrás hecho un hueco para el postre, ¿no? —me preguntó.

—Eso siempre...

El frangollo que nos sirvieron, con una presentación espectacular, mereció una foto de esas con las que fardar y con la que más tarde le haría la boca agua a la tribu al completo.

No solo se vivía bien allí, también se comía de escándalo. Y no podía afirmar, si quería ser honesta, que no ocurriera lo mismo en mi tierra. Pero Lanzarote tenía un punto a su favor; allí había conocido la libertad, allí había nacido una nueva Camila y allí sentí que comenzaba a echar raíces en un momento en el que me las cortaban.

Sin duda era la sonrisa de René, una que me había calado hondo en muy poco tiempo y que tenía que luchar por sacar de mi interior porque, de no ser así, corría el riesgo de que se me enquistara, convirtiéndome en una amargada.

—Cómo me gusta escucharte esas cosas, ¿sabes que siempre has sido la única para mí? Desde que te conocí, la única. Nadie puede igualarte, Camila, no en mi corazón...

No sabía él cuánto daño me hacían sus palabras en un momento en el que intentar igualarlas suponía ser una hipócrita total.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes, que no lo dudo, ¿nos vamos al agua?

—¿Ya quieres ir al agua? Lo que yo te diga, una Camila desconocida, con lo poco acuática que has sido siempre.

—No vayas a comparar una piscina con esto, que es un rincón privilegiado del mundo.

—Sí que lo es, pero no creas que no tengo yo ganas de que volvamos a Linares, a casa.

Nos estuvimos bañando y traté de olvidarme por un rato de todo lo que nos estaba ocurriendo. Allí, en esas aguas cristalinas, no se me ocurría un lugar más ideal para olvidarme de las preocupaciones y centrarme solo en el momento, en llevarme en la memoria un trocito de paraíso que ya, en cierto modo, sentía mío.

Al mediodía, tal cual me había anunciado Guille, degustamos un pescado que me pareció absolutamente delicioso, además de un postre típico de la tierra, como no podía ser de otra forma.

—Habrás hecho un hueco para el postre, ¿no? —me preguntó.

—Eso siempre...

El frangollo que nos sirvieron, con una presentación espectacular, mereció una foto de esas con las que fardar y con la que más tarde le haría la boca agua a la tribu al completo.

No solo se vivía bien allí, también se comía de escándalo. Y no podía afirmar, si quería ser honesta, que no ocurriera lo mismo en mi tierra. Pero Lanzarote tenía un punto a su favor; allí había conocido la libertad, allí había nacido una nueva Camila y allí sentí que comenzaba a echar raíces en un momento en el que me las cortaban.

Capítulo 10



Camino del curro, el lunes, las chicas parecían lánguidas.

—Vaya plan el vuestro, he visto muertos con mejor cara que vosotras.

—¿Cuándo habrás visto tú un muerto? Si siempre has sido muy susceptible—se quejó Rebeca.

—En la tele, en la tele, que en vivo y en directo me habría dado un yuyu.

—Pues eso—se reafirmaron en lo dicho.

—Pero chicas, ¿qué os pasa?

—¿Y tú nos lo preguntas? Tampoco creas que tienes mejor cara y eso que se supone que eres la única que debería estar contenta.

—Ya, lo que ocurre es que los acontecimientos se han precipitado y me han cogido un tanto desprevenida.

—Lo que ocurre es que no estás decidiendo por ti.

—¿Qué estáis queriendo decir?

Rebeca me miró con cara de pocos amigos mientras Alba acudió al rescate.

—Muy sencillo, lo que te está queriendo decir es que Guille te ha metido un gol por toda la escuadra, que es lo que pensamos las dos.

—Jo, anda que no sois suspicaces ni nada.

—¿Suspicaces? ¿De veras vas a tener los santos ovarios de decirnos que irte a vivir a casa de tus suegros es tu máximo deseo en estos momentos?

—Ellos siempre se han portado muy bien conmigo, no los conocéis y no es justo que habléis así.

—No estamos cuestionando que sean buenas personas, ¿cómo lo íbamos a hacer si no los conocemos? Lo que deseamos meterte en esa cabeza de chorlito que tienes es que estás accediendo a los deseos de Guille y que vas a vivir su vida y a su sombra, no la tuya propia.

—¿Eso no es ir demasiado lejos y ser un poco injustas? Para mí que estáis sacando la artillería pesada. Si es por lo

del piso, porque ahora os va a salir más caro, yo podría seguir ayudándoos hasta que encontréis a alguien, en Linares trabajaré en alguna cosita, ahora que ya no tengo que mantenerme y que todo será más fácil.

—¿Crees que esto lo estamos haciendo por dinero? Alba, aguántala que le voy a dar.

—Vale, vale, perdón, se me ha ido un poco la pinza, lo siento.

—Mujer, es que vaya barbaridad que has soltado por la boquita, ¿tú te crees que es ni medio normal? —se quejó también Alba.

—Chicas, chicas, es que estamos todas muy nerviosas, perdonadme.

Hicimos el resto del camino calladas, yo no sabía qué decirles y ellas tampoco es que estuvieran demasiado animadas. Me limité a deleitarme con un paisaje que, todavía no me había ido y ya lo estaba echando de menos.

Ese día me quedaba otra prueba de fuego; la de comentarle a Ruth que me despedía. En el fondo, había hecho buenas migas con ella, algo que mis amigas no entendían, pero yo empatizaba también con una mujer que, tras su avinagrada fachada, había sido vapuleada por la vida.

—Ruth, ¿tienes un momento? —le pregunté a la hora del descanso.

—Sí, dime. No te creas que voy boyante hoy porque se celebra un congreso, pero dale.

—Es que me voy, Ruth, me tengo que ir.

—¿Justo ahora? Camila, por favor, que te estoy diciendo que es un día muy complicado para mí, ¿estás enferma? Porque si no es así, no me falles.

—No, Ruth, no me voy hoy ni estoy enferma. Lo que te estoy diciendo es que pido la cuenta, perdona por lo precipitado del caso, pero según está el trabajo seguro que dais una patada y aparecen cien personas para ocupar mi puesto.

—¿Te vas, Camila? ¿Te vuelves a tu tierra o es que tienes alguna oferta mejor?

—No, no, nada de ofertas. Me vuelvo con mi novio, me ha pedido matrimonio en firme y me marchó con él a Linares.

—Ah... ¿y estás contenta?

—Bueno... sí, claro, estoy contenta.

—No, Camila, no lo estás—me espetó y no me hubiera salido gota de sangre si me hubieran pinchado.

—Tú también no, por favor, Ruth, que ya he tenido bastante con las chicas.

—¿Tus amigas piensan igual?

—Exactamente igual, lo mismo.

—Pues por algo será, estas cosas no son fruto de la casualidad.

—Ya, ya... Ruth tengo que dejarte, ¿vale?

—Camila, ¿puedo darte un consejo?

—Dime, Ruth, pero no te garantizo que te vaya a hacer caso.

—Ni yo te estoy pidiendo que me lo hagas, pero no vayas detrás del hombre equivocado. Te lo dice alguien que hipotecó su vida por ello.

—Pero Ruth, yo no sé lo que te pasaría a ti, lo que sí puedo decirte es que Guille es un buen hombre y está por mí

—Pues entonces solo cuestionate si también estás por él.

Suspiré, la presión me estaba pudiendo.

—Ruth, el lunes que viene ya no estaré aquí. Sé que debería haber avisado con algo más de tiempo, ¿será mucho problema?

—Para nosotros no, pero no sé si para ti—me contestó de lo más decidida.

Ruth no se andaba con paños calientes y esa era una de las cosas que más me gustaban de una mujer que venía de frente, eso era innegable.

—¿Hablo con Sergio para que me preparen la cuenta? —Apenas me salía la voz del cuerpo.

—Habla con él, sí. Y no te preocupes por nada, si de verdad es lo que quieres, no te preocupes. Eso sí, debes tomarte un café conmigo antes de marcharte.

—Te invito en cuanto pueda, ¿vale? Porque va a ser que no tenemos tiempo ni para echar viento, ¿no es así?

—A mí me lo vas a contar, que llevo la pera limonera de años aquí...

Me reí, no imaginaba que ella utilizara ese tipo de expresiones, iba a ser toda una cajita de sorpresas.

—Ya, ya... Ruth tengo que dejarte, ¿vale?

—Camila, ¿puedo darte un consejo?

—Dime, Ruth, pero no te garantizo que te vaya a hacer caso.

—Ni yo te estoy pidiendo que me lo hagas, pero no vayas detrás del hombre equivocado. Te lo dice alguien que hipotecó su vida por ello.

—Pero Ruth, yo no sé lo que te pasaría a ti, lo que sí puedo decirte es que Guille es un buen hombre y está por mí.

—Pues entonces solo cuestionate si también estás por él.

Suspiré, la presión me estaba pudiendo.

—Ruth, el lunes que viene ya no estaré aquí. Sé que debería haber avisado con algo más de tiempo, ¿será mucho problema?

—Para nosotros no, pero no sé si para ti—me contestó de lo más decidida.

Ruth no se andaba con paños calientes y esa era una de las cosas que más me gustaban de una mujer que venía de frente, eso era innegable.

—¿Hablo con Sergio para que me preparen la cuenta? —Apenas me salía la voz del cuerpo.

—Habla con él, sí. Y no te preocupes por nada, si de verdad es lo que quieres, no te preocupes. Eso sí, debes tomarte un café conmigo antes de marcharte.

—Te invito en cuanto pueda, ¿vale? Porque va a ser que no tenemos tiempo ni para echar viento, ¿no es así?

—A mí me lo vas a contar, que llevo la pera limonera de años aquí...

Me reí, no imaginaba que ella utilizara ese tipo de expresiones, iba a ser toda una cajita de sorpresas.

Capítulo 11



Martes y parecía que me hubiera pasado una apisonadora por encima.

—Creo que tengo el hierro bajo, chicas, porque me lo noto.

—Pues yo lo que tengo es la mala baba alta, menuda novecita me ha dado Sergio bombardeándome a mensajes. Estoy a un tris de bloquearlo, este no sabe con quién se la está jugando.

—¿Y por qué no lo haces, Alba? —le pregunté.

—Porque mucho quejarse, pero en el fondo le gusta que ahora se arrastre—me aclaró Rebeca.

—Eso no es verdad, lo que sucede es que yo no soy de ir bloqueando a la gente, me parece de muy mal gusto.

—De muy mal gusto son los pelos que me lleva siempre Ruth, que parece una señora de setenta años, lo tuyo es que le has cogido el gustillo a que él te pida perdón a todas las horas, pecorilla, reconócelo.

—Bueno, que a nadie le amarga un dulce, y después de lo mucho que me ha hecho la puñeta es cierto que igual un poquillo me va la marcha de verlo a todas horas con el perdón en la boca, puede ser.

—No tienes que justificarte, que mi primo se merece que ahora te alegres, pero reconoce que tú lo que le pondrías en la boca es otra cosa.

—¡Eso, eso! —Apoyé la moción.

—Mira, ¿qué has hecho con la Camila que se habría tapado los oídos ante una insinuación similar y nos hubiera llamado guarris? —Se echaron las dos a reír.

—Pues ya, ves, vueltas que da la vida...

—Como una noria las da, ya lo veo...

—Y tanto que da vueltas—prosiguió Rebeca—, como que una cosa te voy a decir, Albita...

—A ver, ilústrame con tu sabiduría, que me da a mí que no me voy a librar.

—Mujer, que debo reconocer que mi primo me tiene sorprendida porque lo primero me lo esperaba, lo de que te fallara más que una escopeta de caña, pero lo segundo...

—¿Lo segundo qué se supone que es?

—El hecho de que vaya detrás de ti como si fuera un perro faldero, eso por la gloria de mi abuela que no lo habría imaginado en la vida.

—Es porque me ha hecho tela la puñeta, por eso.

—Ya te digo que nada que no esperara, pero él no suele reconocer así sus errores con las mujeres, te lo digo yo que nos hemos criado juntos y que lo conozco como si lo hubiera parido.

—Será que con los años se le está despertando la conciencia. Y lo único que le deseo es que le recuerde hasta que no lo deje pegar un ojo, porque se lo tiene más que merecido.

—Conciencia no sé si tendrá, más bien diría yo que...

—Dime, dime, que lo estás deseando.

—Es que tampoco quiero equivocarme y crearte falsas expectativas.

—¿A mí con él? Mira, ya podía ser Sergio el último hombre del mundo, que conmigo va de culo y cuesta abajo, por esa parte puedes estar tranquila.

—Vale, pues entonces te lo digo, que para mí que lo mismo por una vez el cazador ha sido cazado.

—¿Cómo? Anda, si vas a lograr que me dé la risa floja y todo, que no...

—¿Y por qué no? Lo normal es que a estas alturas ya se hubiera fijado en otra presa y no, esta vez está siendo que no.

—Y para mí que tú estás un poco tontuela...

—Pues yo estoy con Rebeca, ¿por qué no? Las cosas cambian mucho, mira cómo estaba Guille conmigo hasta hace nada y mira ahora, que llevo anillo en el dedo.

—Y una cara de felicidad que tira para atrás, amiga, dígame con toda la ironía del mundo. No me lo tomes a mal, pero yo, para estar como estás tú, lo único que digo es eso de “Virgencita, que me quede como estoy”.

Las miré a las dos, que se echaron a reír, y me dieron ganas de chocarlas allí, cabeza con cabeza.

—Huy, qué madurito más atractivo, ¿no? —les pregunté un ratito después, al llegar al hotel y pasar por la cafetería.

—Ya te digo, el tío se da un aire a George Clooney, ¿no os parece? —A Rebeca le faltó el tiempo para sacarle parecido.

—Un poco sí, qué monísimo, por favor—Alba estuvo de acuerdo.

Siempre se agradecía que el personal nos agradara la vista y así se lo hice saber un ratito después a Ruth.

—Se llama Miguel Ángel y ha venido para hacerse cargo de la cafetería, tiene mucha experiencia en hostelería—me comentó.

—¿Sí? Pues para mí que deberías pasarte más a menudo por allí, que el café anima mucho—Le guiñé el ojo.

—Sí, en eso estaba pensando yo, en hombres, según está el mercado.

—No, no, no, con esas no me vengas que mírame a mí, con anillo incluido y todo.

—No me busques que me encuentras, pequeña.

No había ni una que estuviera conmigo, pero yo pensaba que estaba haciendo lo correcto. A pocos, muy pocos días de mi marcha, pensaba que Lanzarote me había dotado de armas para enfrentarme a mi nueva vida, pero que esta transcurriría en mi tierra y con mi novio.

—Y dale Perico al torno. Bueno, dejemos lo mío a un lado y centrémonos en ti, ¿te animas a venirte una tarde de esta semana a la pelu?

—Pero criatura, ¿a ti qué perra te ha dado con mis pelos? Déjalos así, que están muy bien.

—Porque tú lo digas, no me voy tranquila si no hacemos algo con ellos.

—Pues te vas a ir subiéndote por las paredes entonces, que a mí los pelos no me los toca ni Dios.

—Vaya, por Dios, valga la redundancia.

—Oye, ¿sabes que René se reincorpora el lunes que viene?

—Me voy en el fin de semana, ya no lo veré más...

—¿Y tú has oído con la pena que lo dices?

—¿Sí? Pues para mí que deberías pasarte más a menudo por allí, que el café anima mucho—Le guiñó el ojo.

—Sí, en eso estaba pensando yo, en hombres, según está el mercado.

—No, no, no, con esas no me vengas que mírame a mí, con anillo incluido y todo.

—No me busques que me encuentras, pequeña.

No había ni una que estuviera conmigo, pero yo pensaba que estaba haciendo lo correcto. A pocos, muy pocos días de mi marcha, pensaba que Lanzarote me había dotado de armas para enfrentarme a mi nueva vida, pero que esta transcurriría en mi tierra y con mi novio.

—Y dale Perico al torno. Bueno, dejemos lo mío a un lado y centrémonos en ti, ¿te animas a venirte una tarde de esta semana a la pelu?

—Pero criatura, ¿a ti qué perra te ha dado con mis pelos? Déjalos así, que están muy bien.

—Porque tú lo digas, no me voy tranquila si no hacemos algo con ellos.

—Pues te vas a ir subiéndote por las paredes entonces, que a mí los pelos no me los toca ni Dios.

—Vaya, por Dios, valga la redundancia.

—Oye, ¿sabes que René se reincorpora el lunes que viene?

—Me voy en el fin de semana, ya no lo veré más...

—¿Y tú has oído con la pena que lo dices?

Capítulo 12



—¿Y esos bombones? —le preguntamos el miércoles a media mañana a Alba.

—¿Los queréis? Porque los tiro a la basura a la una, los tiro a las dos y los tiro a...

—¡Estate quieta, loca! Ni se te ocurra, que yo tengo una ansiedad que no veas—le pedí.

—Pues ahí los tienes, todita la caja para ti, que me los ha regalado Sergio y yo no quiero verlos ni en pintura.

Abrí la succulenta caja, que estaba repleta de deliciosos bombones y cogí tres a la vez.

—Menos mal que tienes un cuerpazo de infarto, guapa, que no sé dónde los echas, porque vaya.

—¿Y sigues sin perdonarlo? Con lo buenos que están deberías, madre del amor hermoso.

—Quítate el chocolate del bigote, anda, que muy buenos estarán, pero también medio derretidos.

—Yo de ti me lo iría pensando—intervino Rebeca, que también venía a meter mano a la caja—, porque mi primo debe ser la primera caja de bombones que compre en su vida. Sorprendida me tiene.

—Yo también me estoy pensando en dónde mandarlo, pero a la mierda me parece un destino fabuloso.

—Sí, porque mandarlo a tomar por donde amargan los pepinos es todavía menos decoroso—les dije con la boca llena.

—Y cambiando de tema, el lunes ya está aquí René, ¿te has enterado?

—Sí, me lo dijo Ruth, gracias.

—¿Y no quieres que le digamos nada de tu parte?

—No, claro que no—les aclaré, mientras me zampaba otros tres bombones.

—Qué barbaridad, vale que no quieras, pero no puedes comer chocolate así, que te va a dar un apretón que verás
—Alba me quitó la caja.

—Pero si dijiste que no los querías—Solo me faltó llorar mientras la miraba de reojo.

—Y no quiero, pero tampoco quiero que no te puedas levantar del wáter hoy.

—Ah, no, que además esta tarde he quedado en pasarme por donde Yurena, me apetece verla, que andamos perdidas.

—¿Y con Guille? ¿Qué vas a hacer con Guille? En casa no nos lo dejes, que es más aburrido que una ostra y no sabemos ni de qué hablar, no hay *feeling* entre nosotros—se quejó Rebeca.

—No, él también se viene, no os preocupéis.

Nos íbamos el sábado y tocaba ir despidiéndose de la gente a la que una quería. Lógicamente, Yurena era una de esas personas. A mi amiga también la echaría mucho de menos, cómo no.

Más tarde pasé por la cafetería, porque andaba con la tensión un poco baja y necesitaba un cafecito. Así, de paso, saludé a Miguel Ángel.

—Hola, ¿qué te pongo?

—Un cafecito, porfi, que estamos pico pala con las habitaciones y tengo la tensión por los suelos.

—¿Cómo te llamas? Soy nuevo aquí y todavía no estoy familiarizado con mis compañeros.

—Camila, me llamo Camila. Y tú debes ser Miguel Ángel.

—¿Llevo el nombre en la frente y no me he dado cuenta? Quítamelo, quítamelo.

—No, jaja, me lo digo ayer Ruth.

—Ah, la gobernanta, una mujer un poco seria, ¿no?

—No creas, solo tienes que rascar un poquito debajo de esa apariencia áspera, entonces se vuelve más suave.

—Eso está bien, porque guapa ya es. Perdona, no quiero que pienses que soy un fresco que voy fijándome en mis compañeras.

—No, tranquilo, no pasa nada. No me pareces un fresco, ¿de dónde eres?

—Soy de la isla de Hierro, ¿la conoces?

—No, qué va, si yo es la primera vez que estoy en Canarias y llevo únicamente unos días, no conozco más que Lanzarote y muy poco.

—¿Ni siquiera conoces la isla de La Graciosa? No me digas eso.

—No, no me ha dado tiempo.

—Pues eso tienes que arreglarlo, en el ferry llegas en un periquete.

—Ya, lo que pasa es que yo me voy este fin de semana, no va a poder ser...

—Pues es una auténtica lástima, hay cosas de este lugar imprescindibles y esa visita lo es.

—Lo supongo, gracias. Para otra.

—Para otra, no lo olvides.

—No, no lo olvidaré. Créeme que hay cosas de Lanzarote que no olvidaré nunca.

—Volverás, no lo dudes.

—No lo sé, no sé si volveré alguna vez.

—¿No? Yo, sin embargo, estoy seguro.

—¿Y eso? ¿Eres adivino y no me lo has dicho? —bromeé.

—Puede ser o puede ser simplemente que, como canta Beret, “*donde fuiste tan feliz siempre regresarás...*”

—Aha, me encanta esa canción. Es un poco triste, pero me encanta.

—Yo escucho mucho a ese chico, tiene unas letras de las que llegan.

—Es verdad. Pero desde que estoy aquí escucho más a Camela—Me eché a reír.

—¿A Camela? ¿Y eso?

—Por mis amigas, les encanta.

—Vale, vale, guay.

—Oye, ¿y por qué sabes que he sido feliz aquí? Me has dejado de lo más intrigada.

—¿Me he equivocado o algo?

—No, no lo sé, mejor dicho, todo ha sido muy confuso.

—No lo sabrás tú, pero yo sí.

—Vale, vale, para qué contradecirte. Dime cuánto te debo por el café.

—Nada, invita la casa.

—No, hombre, no puede ser. Te lo agradezco, pero no.

—Eso es Alejandro Sanz quien lo canta.

—Tú te la sabes todas.

—¿Sí? Bueno, es que la música forma también parte de mi vida.

—Cuéntame.

—Soy el guitarrista de una banda de rock, lo que pasa es que nunca he tenido demasiada suerte y no he podido

vivir de ello.

—¿Y tocas en algún lado?

—Sí, los fines de semana, en un garito en Puerto del Carmen.

—Dame los datos.

—Pero si tú me has dicho que ya te vas de la isla.

—Sí, pero eso no quiere decir que me lleve al resto conmigo, tú solo dime dónde tocas.

Se me encendió una bombillita, como si mi marcha de aquel lugar implicara que quisiera hacer algo bueno por las personas. Y se me ocurría una en particular a quien le vendría fantástico abrirse un poco al mundo.

Un rato después pasé por delante del despacho de René y, no sé cómo me las apañé, pero sentí un tremendo repelús. En breve, todo aquello quedaría en el olvido, si bien algunos de los momentos pasados con él permanecerían en mi recuerdo para siempre.

Tocaba iniciar una nueva vida; una vida con Guille, que nada sabía de lo que René significó para mí. Y en cuanto a mi corazón, también debería aprender a olvidarlo.

vivir de ello.

—¿Y tocas en algún lado?

—Sí, los fines de semana, en un garito en Puerto del Carmen.

—Dame los datos.

—Pero si tú me has dicho que ya te vas de la isla.

—Sí, pero eso no quiere decir que me lleve al resto conmigo, tú solo dime dónde tocas.

Se me encendió una bombillita, como si mi marcha de aquel lugar implicara que quisiera hacer algo bueno por las personas. Y se me ocurría una en particular a quien le vendría fantástico abrirse un poco al mundo.

Un rato después pasé por delante del despacho de René y, no sé cómo me las apañé, pero sentí un tremendo repelús. En breve, todo aquello quedaría en el olvido, si bien algunos de los momentos pasados con él permanecerían en mi recuerdo para siempre.

Tocaba iniciar una nueva vida; una vida con Guille, que nada sabía de lo que René significó para mí. Y en cuanto a mi corazón, también debería aprender a olvidarlo.

Capítulo 13



Al final de la tarde habíamos quedado Guille y yo en ver a Yurena, si bien me sorprendió que él quisiera salir un ratito antes.

—Es que yo todavía estoy un poco cansada y luego seguro que nos entretenemos más de la cuenta con ella, ¿y si descansamos un poco más?

—A mí es que hoy me apetece airearme un poco, pero te lo iba a proponer, que te quedes tú.

—Te lo agradezco, cariño, o voy a aparecer por allí con un par de bolsas en los ojos que ni las de El Corte Inglés.

—Descansa, mi niña. Nos vemos luego.

Guille era muy dormilón, pero aquella tarde prefirió salir a pasear y como que me alegré, porque de lo contrario seguro que quería jarana y yo no estaba para demasiada, las cosas como son.

No lo culpaba por ello, pero estaba muy marchoso y yo un tanto inapetente, con tanta novedad como tenía. Al día siguiente tendría que dejar Lanzarote y, con ello, la nueva vida que allí había empezado.

Me levanté y tampoco estaban mis amigas, esas dos habrían salido también a airearse, porque estaban que trinaban con las cuestiones del corazón, un poco inaguantables.

Aun así, yo las habría aguantado por todo lo que me quedaba de vida, partiendo de la base de que las quería ya como a hermanas.

Me puse unos vaqueros blancos, de esos que se llevan con flecos en los bajos, con mis Converse y un top azul marino con rayas blancas. Y con un look así de marinero me eché a la calle a buscar a Guille, que me dijo que se había acercado ya al bar de Yurena.

Estaba llegando allí cuando aluciné en colores, porque no me esperaban solo ellos sino también las chicas y algunos de mis compañeros de trabajo, de los más jóvenes y afines.

—¡La madre que me parió! ¿Esto qué es? Ay, la que habéis organizado—Abracé a Yurena.

—A mí no me des las gracias que ha sido cosa de tu novio. No quería que te fueras sin una fiesta de despedida como Dios manda.

—Es que os lo habéis currado, ¡hasta globos y farolillos!

—Claro, para mi chica que no falte de nada—me aseguró él mientras me cogía por la cintura y me besaba.

—Gracias, muchas gracias, de verdad.

—No hay de qué, preciosa, ¿te gusta?

—Me encanta, pero si no falta un detalle, parece una de esas fiestas ibicencas que tanto me han gustado siempre.

—Pues a disfrutarla, que es toda tuya.

Miré a Yurena, emocionada.

—Toda la tarde lleva aquí, hombro con hombro conmigo, no veas si nos hemos puesto al día de todo—me comentó.

La miré con cierto miedo, pero en sus ojos vi que ella no había soltado prenda del tema de René, algo que le agradecí enormemente.

—Es que os tengo que querer porque os tengo que querer—les dije, de lo más aliviada.

—También nosotros te queremos a ti, petardilla. Y este tiene mucha suerte, que te vas con él, pero yo te voy a echar cantidad de menos.

—Venga, venga, menos pasteleo, que nosotras estamos deseando perderla de vista—nos soltó Rebeca en su línea, yendo de dura cuando en realidad tenía la lagrimita fuera.

—Sí, sí, que es verdad—Alba también estaba a un tris de llorar.

—¡Música, Yurena, aquí lo que necesitamos es música!

Mi amiga hizo los honores y comenzamos a bailar todos, incluso Guille se animó. Y eso que él de baile, como que poco. Además, que sonó el Alé de Juanlu Montoya y allí le dimos a ritmo de *“Muñequita linda colorá, con las patitas colorás...”*

—No te había visto nunca tan animado—le dije con una primera copa en la mano.

—Pues ya iba siendo hora o terminarías pensando que soy un soso. A partir de ahora, las cosas van a cambiar; saldremos más y procuraré que estés siempre contenta—me comentó mientras me acariciaba la mejilla y me daba un beso.

Aquello amenazaba con desmadrarse, porque Rebeca y Alba tenían visos de ahogar sus penas en el alcohol y cuando esas dos lo hacían no había un Dios que las parara, se convertían en un par de buenos terremotos.

Al rato de estar allí, llegó también Sergio y temí que la cosa se nos fuera de las manos, porque Alba se acercó a él

—Tú has sido un idiota, tenías una mujer que te hubiera querido, idiota—le aseguró con un tono borrachillo total.

—Lo sé y lo siento muchísimo, no quiero molestarte. Solo he venido a la despedida de Camila.

—Ya, pero vienes ahí con tus aires chulillos y me provocas, ¿o es que no lo ves?

—¿Yo te provoqué? No era mi intención, pero me gusta saberlo.

—Me provocas unas tremendas ganas de darte un bofetón, eso es lo que me provocas.

—Pues bueno es saberlo, prefiero eso a dejarte indiferente—le dijo con la intención de cogerla por la cintura.

—¡Tócame un pelo y cobras! Palabra de honor que cobras, ¿es eso lo que quieres?

—No, desde luego que no, no pretendía eso para nada. Y ahora dime, ¿cuándo me vas a perdonar?

—Yo te perdono cuando tú quieras, que yo iba a la iglesia de pequeña y me decían que el perdón hay que dárselo a todo el mundo, pero de ti no me fío ni un pelo, que lo sepas. Y no me voy a fiar en la vida.

—Pues anda que estamos apañados. Prima, ¿tú no podrías echarme una manita?

—“*Échame una mano, prima, que viene mi novio a verme...*”—le cantó la otra por Niña Pastori.

—Yo no he visto una asturiana con más salero en mi vida, pero si hasta te sale el acento, condenada.

—¿Has visto?

—A mí no me desviéis el tema, que quien necesita ayuda soy yo, ¿tú no podrías intervenir, Guille? —le preguntó Sergio.

—¿Yo? Lo siento, chaval, pero esto va de que cada palo aguante su vela—Se rio.

—¿Yo te provoqué? No era mi intención, pero me gusta saberlo.

—Me provocas unas tremendas ganas de darte un bofetón, eso es lo que me provocas.

—Pues bueno es saberlo, prefiero eso a dejarte indiferente—le dijo con la intención de cogerla por la cintura.

—¡Tócame un pelo y cobras! Palabra de honor que cobras, ¿es eso lo que quieres?

—No, desde luego que no, no pretendía eso para nada. Y ahora dime, ¿cuándo me vas a perdonar?

—Yo te perdono cuando tú quieras, que yo iba a la iglesia de pequeña y me decían que el perdón hay que dárselo a todo el mundo, pero de ti no me fío ni un pelo, que lo sepas. Y no me voy a fiar en la vida.

—Pues anda que estamos apañados. Prima, ¿tú no podrías echarme una manita?

—“*Échame una mano, prima, que viene mi novio a verme...*” —le cantó la otra por Niña Pastori.

—Yo no he visto una asturiana con más salero en mi vida, pero si hasta te sale el acento, condenada.

—¿Has visto?

—A mí no me desviéis el tema, que quien necesita ayuda soy yo, ¿tú no podrías intervenir, Guille? —le preguntó Sergio.

—¿Yo? Lo siento, chaval, pero esto va de que cada palo aguante su vela—Se rio.

Capítulo 14



- Cuídate mucho, me da pena que te vayas—Me abrazó Ruth al mediodía del viernes.
- Estaré bien, ya te escribiré de vez en cuando, ¿vale?
- No me había pasado nunca con nadie del hotel, el haber congeniado...
- Y menos con una de tus subordinadas, ¿no? —Le tomé un poco el pelo.
- No digas eso, sé que me las di un poco de jefa al principio, pero luego ves que no soy nadie.
- Y que me vaya yo y te deje con esos pelos...
- Pero mujer, ¿qué les pasa a mis pelos? Me vas a hacer coger complejo y todo.
- Que vas siempre como una señora mayor. Y te lo digo yo, que estoy aprendiendo a sacarme partido ahora, tampoco es que sea ejemplo de nada.
- A mí me gusta mi estilo, Camila, ¿tan mal luzco?
- Anticuada, luces anticuada. Y para ir a un local de rock eso no mola.
- Pues vaya un problema, ni que yo fuera a ir a ningún local de rock, en eso estaba yo pensando.
- ¿No? Pues deberías...
- ¿Y qué se me habría perdido a mí en un sitio así?
- Pues tomarte una copa y escuchar un concierto, eso.
- ¿Un concierto? ¿A ti qué mosca te ha picado?
- A mí ninguna. Pero que, si tú fueras, a lo mejor no te picaba una mosca, pero sí un moscón.
- Por Dios, deja de hablarme en clave, ¿qué me estás queriendo decir?
- Que Miguel Ángel toca la guitarra en un grupo y que él piensa que eres guapa, ya te lo he soltado.
- ¿Miguel Ángel? ¿Piensa que soy guapa? Eso serán conjeturas tuyas.

—Eso ha salido de su boca como que me llamo Camila.

—¿De su boca? ¿Él te lo ha dicho?

—Él me lo ha dicho, ¿te parece mal?

—No, cómo va a parecerme mal, me parece raro.

—Te parece raro porque estás ahí metida en un bucle que es una porquería, ¿vale? Pero de ahí vas a salir y te vas a pasar por donde yo te diga.

—Camila, ¿tú has fumado algo?

—Yo todavía no, pero si me dices que vas a ir soy capaz de fumarme hasta un porrito contigo.

—¿Un porrito? Pero si a mí me marea hasta el simple olor...

Le dejé las señas del local y una sonrisa en la cara. De veras que ojalá algún día se atreviera a ir porque era una buena mujer que merecía una oportunidad. Y a mí Miguel Ángel me daba buena espina para ella.

También pasé a despedirme de Sergio.

—No esperaba que te fueras tan pronto, esa es la realidad. Creí que esta isla te atraparía, como hizo conmigo.

Él no sabía hasta qué punto me había atrapado.

—Sí que lo ha hecho, me la llevo en el corazón, pero he de volver a casa, mi vida está allí.

—Lo lamento, pero quiero que sepas que, si alguna vez has de volver, aquí tienes tu casa.

—Gracias y un consejito, persevera con Alba.

—¿Tú crees que tengo alguna oportunidad? Porque está como un puerco espín conmigo. Con la borrachera bajó un poco la guardia en tu fiesta, pero me la tiene sentenciada.

—Yo creo que no es tan fiero el león como lo pintan. Ahora bien, si lo consigues y le vuelves a hacer daño, yo misma vendré y te los cortaré, te cortaré los... ¿me he explicado?

—Alto y claro, muchacha, te has explicado alto y claro.

—Perfecto, porque es justo lo que quería.

Ya solo me quedaba pasar a darle un último abrazo a Yurena, quien me dijo que no lo hiciera, pero no podía faltar a esa cita por la tarde. El día de la fiesta terminé hablando con todos y ella más liada que un trompo sirviéndonos, por lo que nos merecíamos nuestro ratito.

Fui al final de la tarde, aprovechando que todavía quedaba luz y Guille se quedó en casa, para dejarnos un poquito de espacio.

—¿Quieres que le diga algo a René de tu parte?

—Que me perdone, por favor, dile que me perdone. Y dile también que no pretendí engañarle en ningún momento, que todo lo que viví con él lo hice de corazón.

—Estoy segura de que se alegrará de saberlo. Y tú, ¿cómo estás?

—No lo sé, quizás pienses que estoy loca porque llevo aquí muy poco tiempo, pero me va a costar irme, es como si dejara en la isla una parte de mi corazón.

a—Lo entiendo perfectamente y sé de qué me hablas, bonita. No hace falta que me des más explicaciones, solo que me digas que estarás bien y que te cuidarás mucho.

—Eso está hecho y tú tienes que prometerme lo mismo, ¿cómo está tu padre?

—Mal, ahora llevamos una racha de las malas, ya lo sabes. Pero lo iremos superando poco a poco.

—No te voy a olvidar y vendré a verte. Uno siempre vuelve al lugar donde fue feliz y yo aquí he encontrado motivos para serlo, viviendo momentos maravillosos, aunque hayan sido efímeros. Alguien me ha hecho verlo.

—Vete ya, anda, que sabes que no me gustan las despedidas.

—¿Ya me estás echando? Pero si le dije a Guille que me quedaría aquí un rato, él vendrá después a recogerme.

—Hazme caso y vete que me va a dar llorona y no me gusta que me vean llorar, ¿vale?

La noté afectada de verdad y le hice caso. Ni siquiera avisé a Guille, porque todavía lucía el sol y me fui dando un paseo, aunque con el corazón algo encogido por el mucho aprecio que me demostró Yurena.

:

)

—Que me perdone, por favor, dile que me perdone. Y dile también que no pretendí engañarle en ningún momento, que todo lo que viví con él lo hice de corazón.

—Estoy segura de que se alegrará de saberlo. Y tú, ¿cómo estás?

—No lo sé, quizás pienses que estoy loca porque llevo aquí muy poco tiempo, pero me va a costar irme, es como si dejara en la isla una parte de mi corazón.

—Lo entiendo perfectamente y sé de qué me hablas, bonita. No hace falta que me des más explicaciones, solo que me digas que estarás bien y que te cuidarás mucho.

—Eso está hecho y tú tienes que prometerme lo mismo, ¿cómo está tu padre?

—Mal, ahora llevamos una racha de las malas, ya lo sabes. Pero lo iremos superando poco a poco.

—No te voy a olvidar y vendré a verte. Uno siempre vuelve al lugar donde fue feliz y yo aquí he encontrado motivos para serlo, viviendo momentos maravillosos, aunque hayan sido efímeros. Alguien me ha hecho verlo.

—Vete ya, anda, que sabes que no me gustan las despedidas.

—¿Ya me estás echando? Pero si le dije a Guille que me quedaría aquí un rato, él vendrá después a recogerme.

—Hazme caso y vete que me va a dar llorona y no me gusta que me vean llorar, ¿vale?

La noté afectada de verdad y le hice caso. Ni siquiera avisé a Guille, porque todavía lucía el sol y me fui dando un paseo, aunque con el corazón algo encogido por el mucho aprecio que me demostró Yurena.

Capítulo 15



Llegué a casa e introduje la llave en la cerradura. Hacía un ruidito muy característico y pensé que sería la última vez que lo oyera.

Quien no me oyó llegar fue Guille, que estaba solo porque las chicas habían salido a un recado.

Me dispuse a entrar de puntillas y darle un susto. Él era muy dado a bromear con esas cosas y quise darle a probar de su propia medicina.

—Que sí, mamá, que ya me la he currado y me la llevo para casa, ¿estás contenta? —le escuché decir y me quedé parada en seco.

El tono que estaba utilizando no era el que usaba en esos días conmigo y además, ¿qué le estaba queriendo decir?

Obvio que yo no podía escuchar lo que le decía su madre, pero sí sus respuestas.

—Es que eres muy pesadita, lo mismo que papá. Pues que sepáis que todo esto os ha costado un pico, pero os habéis salido con la vuestra, me casaré con mi novia de toda la vida, ¿contentos? Ahora que, si crees que yo lo estoy, estás muy equivocada. Lo de Cleopatra no ha podido ser, pero la sigo teniendo metida en la sesera, para tu información.

Jamás había conocido una versión así de grosera de Guille, hablándole a su madre en el tono impertinente que lo estaba haciendo, pero eso era lo de menos, lo importante era que acababa de empaparme como una esponja de una información que lo cambiaba todo.

—Bueno es saberlo, chaval, bueno es saberlo—le dije apoyándome en el quicio de la puerta.

No pude soportarlo más, quise intervenir de inmediato porque solo tenía ganas de cogerlo por el pescuezo.

—Camila, ¿ya estás aquí? —me preguntó con la cara de un muerto.

—Aquí y con muy buen oído, sí.

De inmediato, se despidió precipitadamente de su madre y se vino hacia mí.

—No sé lo que habrás escuchado, pero todo tiene una explicación.

—Y tanto que la tiene, la de que soy una idiota conformista que ha estado a punto de tirar su vida por la borda en cuanto me lo has propuesto, cuando lo cierto es que tú no vales ni para estar escondido.

—No digas eso, por favor, yo te quiero y vamos a casarnos. Mira tu anillo.

—¿Mi anillo? — di un tirón y me lo saqué del dedo—. Mira lo que hago yo con mi anillo—Me acerqué al cuarto de baño y, sin más, lo tiré al wáter y a continuación de la cisterna.

—No, no, por favor, no lo hagas—Me senté de inmediato en la tapa para que no intentara sacarlo.

—Y lo siguiente que voy a tirar es este colgante, que debe estar maldito, ¿tú no decías que casi lo tiras en su día? —le dije sacándomelo también del cuello.

—Mujer, no seas así, el colgante también no...

—Veo que lo único que te importa es sacar algo de pasta por ellos, ¿no? Imagino que no había tal pellizco por la venta de nada, conociendo a tus padres...

Agachó la cabeza y asintió.

—Cuéntame toda la verdad o me la contarán ellos. Y, en ese caso, les pondré la cabeza como un bombo y saldrás mucho peor parado, tú verás.

—No lo harás, no les harías ese daño, tú los quieres.

—Pero más me quiero a mí, así que más te vale ir soltando por esa boquita o las vas a pasar canutas, te lo prometo.

—Vale, ¿qué quieres saber? Sí que es cierto que estaba liado con Cleopatra, por eso salí en las putas fotos. Y también es cierto que te lo negué aquella noche porque mi madre me descubrió y se puso como una furia conmigo cualquiera la aguantaba.

—Y como tú no sabías si te iba a salir con la otra, no tuviste el valor de reconocer nada y te inventaste toda la mierda esa del colgante.

—Sí, porque de haber estado seguro habría tirado para delante.

—Ya veo que estás bien pillado por ella, ya lo veo. Te reconozco que me sorprende, no lo habría creído de ti, que nunca has tenido demasiada sangre.

—Pues sí, estaba muy enamorado. Y encima tú te marchaste y me dejaste vía libre.

—¿Vía libre para eso? Qué fuerte, yo solo vine a buscarme la vida, lo que debía hacer.

—¿Y qué se suponía que debía hacer yo? ¿Vida monacal mientras te esperaba?

—Pero qué hipócrita eres, como si fueras un fiestero o algo, al menos conmigo, que me has matado de aburrimiento toda la vida.

—Ya, pero tú también tienes lo tuyo, ¿eh? Que te besaste con un tío a la primera de cambio.

—Sí, ¿y sabes qué? Que después me acosté con él, para que te enteres, pero yo al menos lo hice cuando ya no estaba contigo, no como tú, que jugabas a dos bandas.

—¿Que te acostaste con él? ¿Y cuándo se supone que me iba a enterar yo de eso?

—Cuando los sapos bailen flamenco, que para eso tampoco tuve yo derecho a enterarme de lo que se cocía a mis espaldas con Cleopatra, que vaya nombrecito que tiene la tía.

—De faraona, lo que le pega.

—¿Lo que le pega? Déjame hacer un juegucillo de palabras, ¿y a que ha sido la faraona la que te ha pegado la gran patada en el culo? Como si lo viera, ¿de verdad creíste que esa iba a estar por ti? Pero si los tíos le duran un cuarto de hora cada uno.

—¡Que te calles! Lo nuestro no ha salido por lo que no ha salido, pero lávate la boca antes de hablar de ella.

—Pues sí que te he dado fuerte. Mira, te voy a decir una cosa, que sea la última vez en tu puñetera vida que te permites el lujo de chillarme, ¿te has enterado? La última vez y ahora coge tus cosas, que te vas.

—¿Me voy? ¿Te parece poco el gasto que han hecho ya mis padres para que viniera a llevarte conmigo? Empeñaditos estaban, que casi me echan de casa. ¿Encima les haces gastarse más?

—¿Y no se te caerá a ti la cara de vergüenza de cogerles el dinero para semejante farsa? Supongo que ellos saben la prenda que tienen en casa y han preferido gastarse los cuartos con tal de que todo siguiera como antes.

—Supones bien, ignorantes, ni que yo te quisiera.

—¡Vete, Guille! ¡Te vas ahora mismo de mi casa! Y para tu información te diré que yo ya tengo quien me quiera y que lo voy a recuperar. El hombre con el que he estado es René y debes saber que tú no le llegas ni a la suela de ,zapato, ¿me has oído?

—René, ¿el director? No te voy a decir lo que me pareces porque igual me vienes con una denuncia.

—No vas a decirlo porque no te asiste el valor para volver a faltarme al respeto, por eso.

—¿Que te acostaste con él? ¿Y cuándo se supone que me iba a enterar yo de eso?

—Cuando los sapos bailen flamenco, que para eso tampoco tuve yo derecho a enterarme de lo que se cocía a mis espaldas con Cleopatra, que vaya nombrecito que tiene la tía.

—De faraona, lo que le pega.

—¿Lo que le pega? Déjame hacer un jueguecillo de palabras, ¿y a que ha sido la faraona la que te ha pegado la gran patada en el culo? Como si lo viera, ¿de verdad creíste que esa iba a estar por tí? Pero si los tíos le duran un cuarto de hora cada uno.

—¡Que te calles! Lo nuestro no ha salido por lo que no ha salido, pero lávate la boca antes de hablar de ella.

—Pues sí que te he dado fuerte. Mira, te voy a decir una cosa, que sea la última vez en tu puñetera vida que te permites el lujo de chillarme, ¿te has enterado? La última vez y ahora coge tus cosas, que te vas.

—¿Me voy? ¿Te parece poco el gasto que han hecho ya mis padres para que viniera a llevarte conmigo? Empeñaditos estaban, que casi me echan de casa. ¿Encima les haces gastarse más?

—¿Y no se te caerá a tí la cara de vergüenza de cogerles el dinero para semejante farsa? Supongo que ellos saben la prenda que tienen en casa y han preferido gastarse los cuartos con tal de que todo siguiera como antes.

—Supones bien, ignorantes, ni que yo te quisiera.

—¡Vete, Guille! ¡Te vas ahora mismo de mi casa! Y para tu información te diré que yo ya tengo quien me quiera y que lo voy a recuperar. El hombre con el que he estado es René y debes saber que tú no le llegas ni a la suela del zapato, ¿me has oído?

—René, ¿el director? No te voy a decir lo que me parece porque igual me vienes con una denuncia.

—No vas a decirlo porque no te asiste el valor para volver a faltarme al respeto, por eso.

Capítulo 16



Mis amigas me encontraron pimplando cuando llegaron.

—Pero ¿se puede saber qué demonios estás haciendo? ¿Tú beber a estas horas? ¿Cómo es que no estás haciendo las maletas?

—Las maletas las ha hecho Guille, que lo he mandado con su puñetera madre, estaban comprándome entre todos, ¿podéis creerlo? Se ve que se han creído que yo soy ganado, ¿tengo hechuras de vaca o algo? —les pregunté con el morazo.

—No, hechuras de vaca no tienes, aunque por delante estés bien dotada—Hizo Rebeca el gesto de que yo tenía dos buenos cántaros—. Y ahora dinos, ¿qué demonios ha pasado? Que tengo ganas de empezar a aplaudir.

—¡Y yo! —exclamó Alba.

Antes siquiera de que comenzara a hablar, ya estaban las dos dando palmas con las orejas, qué monas.

—Pues que Yurena me ha dado largas pronto, que parece ser que esa abre el grifo y llora como una Magdalena en las despedidas y me he venido. Al entrar lo he cogido con las manos en la masa, hablando con su madre, diciéndole que si ya estarían ella y su marido contentos y que si tal y Pascual, pero que él a Cleopatra la seguía queriendo.

—O sea, ¿estaba liado con ella? Qué pájaro el tío y te hizo ver que eras una malvadilla por pensar mal, que solo te estaba encargando un colgante.

—Colgante que va camino del mar en compañía del jodido anillo, todo ello gracias a la cisterna.

—¡Ole tu kiwi! Así se hacen las cosas, guapa—Las dos me besaron a la vez.

—Ea, pues todo resuelto, ya no debéis buscar nueva compañera de piso, aunque lo mismo me tenéis que poner pronto de patitas en la calle porque no tengo curro.

—¿Tú estás tonta? Eso se lo digo yo ahora mismo a mi primo Sergio y tú estás trabajando mañana por la mañana —Rebeca lo telefoneó.

—¿Mañana mismo? ¿Y no puedes ser ya el lunes? Es que yo me estoy cogiendo un pedo de espanto.

—¡Pues a la ducha helada que vas, que para eso mañana hay curro!

—No, no, no, que a mí ya se me pasa, ya suelto la puñetera copa, de veras.

—Oye, y a ti se te suelta mucho el pico con el alcohol, ¿no? Es que no paras de decir tacos.

—Un poco, puede que un poco.

—Pues a la ducha que vas también por malhablada.

Aquellas dos se habían puesto de lo más contentas y lo que querían a toda costa era darme la ducha para que comenzara el cachondeo. Lo consiguieron, vaya si lo consiguieron, no tuve escapatoria posible.

—¡No! Que me lío a puñetazos y me quedo sola.

—Mira, Rebeca, si está de lo más guerrera, va a oponer resistencia y todo.

—Sí, ya lo veo, aguántale las manos y doble ración de ducha.

Doble o triple, que yo no di más patadas en mi vida y alguna acerté, tras lo cual me metí en la cama tiritando.

—No me digas que no te ha espabilado—bromeaba Alba, contenta de volver a tenerme en el dormitorio.

—Alba, algún día me las pagaréis todas juntas.

Me levanté con un dolor de cabeza de esos que son para chillar y se me intensificó con el gritito que dio Ruth cuando me vio.

—¡Cuánta efusividad! Qué buenas migas habéis hecho, ¿no? —Rebeca no le perdonaba lo siesa que fue los primeros días.

—Es que no la esperaba, ¿qué haces tú aquí, ratón de campo?

—Pues que esta isla me ha enamorado más de lo que yo creía y mi exnovio ya va camino de casa solo.

—¿Vuelves a trabajar con nosotros? Pero qué alegría que me das—Me abrazó.

Mientras, Rebeca la parodiaba por detrás y yo tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no reírme.

—Eso parece—Me encogí de hombros.

—René también se alegrará mucho el lunes cuando te vea, estoy segura.

—¿Sí? Gracias—murmuré.

Yo ya no vivía para dos cosas. La primera, para que se me pasara el dolor de cabeza de la resaca y la segunda, para verlo llegar el lunes y pedirle perdón.

Nadie me podía negar que entre nosotros estaba naciendo algo bonito cuando Guille llegó y, aunque era normal que se mostrara dolido conmigo, yo tenía que hacer que René me perdonara.

Dios me libre de pensar que eso debiera ocurrir porque necesitaba sí o sí un hombre a mi lado, que nada más lejos de la realidad. Era solo que yo a René me había dado cuenta de que lo amaba, por la sencilla razón de que la

marcha de Guille me había supuesto un alivio infinito.

Me había engañado a mí misma y lo había hecho porque el sentimiento de culpabilidad me pudo en su momento. De no ser así, otro gallo hubiera cantado, de eso no me cabía ninguna duda.

Trabajé aquella mañana como un gusano tirando de mi cuerpo, porque no podía con él. Y dentro de mí, una extraña mezcla de miedo y emoción por lo que ocurriría el lunes.

A René no lo había vuelto a ver, sus verdes ojos no habían estado delante de mí desde el día de mi cumpleaños cuando detecté en ellos la decepción y la pena, a partes iguales.

marcha de Guille me había supuesto un alivio infinito.

Me había engañado a mí misma y lo había hecho porque el sentimiento de culpabilidad me pudo en su momento. De no ser así, otro gallo hubiera cantado, de eso no me cabía ninguna duda.

Trabajé aquella mañana como un gusano tirando de mi cuerpo, porque no podía con él. Y dentro de mí, una extraña mezcla de miedo y emoción por lo que ocurriría el lunes.

A René no lo había vuelto a ver, sus verdes ojos no habían estado delante de mí desde el día de mi cumpleaños cuando detecté en ellos la decepción y la pena, a partes iguales.

Capítulo 17



El domingo pasó lento, muy lento. No sé cuántas veces pude mirar la hora en el día. Mis amigas se reían y cuchicheaban.

Hasta el resto de las chicas de la tribu intervinieron en el asunto, porque abrimos un debate sobre cómo reaccionaría él. Mejor dicho, lo abrieron las otras dos y yo me morí de la vergüenza, pero también comprendí que estaban al otro lado para apoyarme y en ningún momento para censurarme.

Todas opinaron en el mismo sentido; en el de que habría amor del bueno y a mí eso me subió mucho el ánimo.

El lunes por la mañana me desperté súper temprano y, para cuando las chicas vinieron a levantarse, yo ya tenía el pelo planchado y el desayuno servido.

—Pero bueno, ¿a qué debemos este honor?

—A que hoy va a ser un día grande y quería homenajearos.

—O sea, a que no has podido pegar un ojo y necesitabas distraerte, dicho de otra manera, ¿no?

—Rebeca, no seas desagradecida, encima de que nos ha puesto un desayuno de princesas.

—Eso es verdad, de princesas Disney, esta ya se va a poner la corona encima de ese pelo tan planchadito. Y el otro, seguro que viene ya con el cetro preparado.

Las carcajadas de ambas me resultaron de lo más contagiosas, no sé cómo podían ser tan elocuentes.

—Es que tenéis gracia, lo más grande del asunto es que la tenéis.

—Y que te queremos, empanada, que eso también es grande, grandísimo.

Las abracé y me dispuse a irme a vestir.

—¡Un momento, un momento! ¿Y tú no desayunas? Tanto huevo frito con bacon, tortitas, zumo de naranja, café y no sé cuántas cosas más, ¿todo para que tú no te metas nada en el cuerpo? —Alba me regañó.

—No, si meterse sí que se va a meter algo, aunque no sea comida. O sí, según se mire—Ya volvió Rebeca a la carga.

—Que os den, yo ya me he tomado un cafecito y pillado media tortita, me voy a maquillar.

—Cómo se nota que hoy llega el príncipe, más bueno que las galletas que llevan su nombre está el tío. Las hay con suerte...

Las dejé a las dos riéndose a placer del tema y yo me fui para el baño, con mi set de maquillaje. Nunca iba tan arreglada al hotel, pero cierto que era un día en el que deseaba lucir de lo más guapa.

—¿Cómo estoy? —les pregunté cuando volví por la cocina.

—Más buena que las tortitas y mira que yo te invito a que las hagas todos los días para que no pierdas práctica, que están de vicio—me contestó Alba.

—A esta no le hables de vicio que en unas horas le está dando al tema, ya lo verás. Los dientes nos van a llegar hasta el suelo a las demás, ya mismo la vemos dando órdenes a diestro y siniestro en el hotel.

—Sois más bobitas, si debe estar hecho un basilisco conmigo. Y no lo puedo culpar, ¿eh?

—Hombre, por menos otros fijate cómo han escapado—se refirió Alba a Sergio.

—Es que tuve un tino... aparecer con Guille así, no quiero ni acordarme.

—A lo hecho, pecho, niña. Ahora solo queda mirar hacia delante. Mira yo, que me he quedado sin vikingo y aquí estoy viviendo como Rambo “día a día”.

La zopenca de Rebeca comenzó a imitar al personaje y yo es que me partía, lo hacía genial.

Camino del hotel temblaba como una hoja y, cada vez que escuchaba un coche detrás de nosotras, me volvía con la ilusión de que fuera ese Jeep rojo que un día me salvó del peligro.

—A este paso te vas a partir el pescuezo, ya lo verás—me dijeron ellas varias veces.

No vi el Jeep por el camino y, ese día, me hice la remolona y me quedé recogiendo unos desperfectos del *hall* con la ilusión de verlo cuando llegara. Ruth lo sabía perfectamente y me autorizó a quedarme allí.

Ni rastro del Jeep, lo mismo se tomaba algún día más porque hubiera llegado cansado. El que sí me llamó la atención fue un precioso deportivo que llegó un ratito después. Yo de marcas de coches no es que entendiera demasiado y no sabía de cuál se trataba, pero el bólido en cuestión tenía un estilo impecable.

—Qué maravilla—me comentó uno de los botones, un chico jovencito que solo llevaba allí unos días.

—Ya te digo, menudo estilazo. Ese será un cliente VIP, que anda que vienen descalzos.

—Buff, sí, yo moriría por tener un coche así.

✓—Eres un niño, ya lo tendrás.

—Anda que fue a hablar la vieja. Oye, ¿tú a qué hora sales?

El niño me entretuvo porque ese tenía tablas para dar y regalar.

—Pero chico, abrase visto... Tú tienes más cara que espalda, ¿no?

—Me dices la hora o no me dices la hora.

—Pues claro que no.

Entre pitos y flautas, no me fijé en que una pareja se bajó del coche y ya atravesaba el *hall* cuando fui consciente de ello.

Un súbito calor, un calor que me hizo arder el esófago fue el que sentí cuando descubrí que el hombre era René y que iba con una chica impresionante a su lado. Ella parecía una muñeca de finísima porcelana, sin embargo, me impresionó lo poco que gesticulaba, parecía que le habían echado laca para fijarle esa expresión tan lánguida en el rostro.

Me acordé de Yurena y de lo que me contó de la ex de René, ¿sería posible que él siempre las buscara del mismo estilo?

No, siempre no, porque yo no era así y también le había gustado. Eso sí, yo no llegué a ser nada en su vida y a la vista estaba.

“Estás olvidada”, esas fueron las palabras que rondaron mi mente. No las había dicho René, pero sí sus actos. Sin saber siquiera cómo encararlo tras descubrir que ya no estaba solo, alcé la vista y nuestros ojos se cruzaron.

Ni él ni yo articulamos palabra, ninguno de los dos fue capaz. No sé lo que vi en sus ojos, pero no me gustó nada.

—René, ¿vamos? —le preguntó ella, que era la sofisticación en persona.

—Vamos, Kalyna—le respondió antes de que se cerrara la puerta del ascensor y, al contrario que ellos, que subieron de piso, mis esperanzas bajaron hasta alcanzar el subsuelo. No era otra como Kalyna, era ella.

—Me dices la hora o no me dices la hora.

—Pues claro que no.

Entre pitos y flautas, no me fijé en que una pareja se bajó del coche y ya atravesaba el *hall* cuando fui consciente de ello.

Un súbito calor, un calor que me hizo arder el esófago fue el que sentí cuando descubrí que el hombre era René y que iba con una chica impresionante a su lado. Ella parecía una muñeca de finísima porcelana, sin embargo, me impresionó lo poco que gesticulaba, parecía que le habían echado laca para fijarle esa expresión tan lánguida en el rostro.

Me acordé de Yurena y de lo que me contó de la ex de René, ¿sería posible que él siempre las buscara del mismo estilo?

No, siempre no, porque yo no era así y también le había gustado. Eso sí, yo no llegué a ser nada en su vida y a la vista estaba.

“Estás olvidada”, esas fueron las palabras que rondaron mi mente. No las había dicho René, pero sí sus actos. Sin saber siquiera cómo encararlo tras descubrir que ya no estaba solo, alcé la vista y nuestros ojos se cruzaron.

Ni él ni yo articulamos palabra, ninguno de los dos fue capaz. No sé lo que vi en sus ojos, pero no me gustó nada.

—René, ¿vamos? —le preguntó ella, que era la sofisticación en persona.

—Vamos, Kalyna—le respondió antes de que se cerrara la puerta del ascensor y, al contrario que ellos, que subieron de piso, mis esperanzas bajaron hasta alcanzar el subsuelo. No era otra como Kalyna, era ella.

Capítulo 18



Me encerré a llorar en los cuartos de baño. Ese día me la estaba jugando porque mi trabajo no era como para perder el tiempo, con lo mucho que tenía siempre por hacer, pero es que no podía con el sofocón que tenía encima.

Alguien debió escucharme llorar y avisó a Ruth, porque fue demasiada casualidad que ella apareciera por allí.

—No hace falta que me cuentes lo que te pasa, ya lo sé de sobra.

—¿Los has visto? ¿Los has visto entrar? Es Kalyna, es su ex, vuelven a estar juntos.

—Así es, para desgracia de todos, pero especialmente tuya.

—¿Y por qué para desgracia de todos? —le pregunté mientras me secaba las lágrimas, no quería seguir dando aquel espectáculo.

—Porque esa mujer saca a René de quicio y eso termina repercutiendo en su trabajo, qué desgracia, con lo tranquilos que estábamos todos.

—Pero ella no trabaja aquí, ¿no?

—No lances las campanas al vuelo todavía. En alguna ocasión lo ha hecho y entonces es cuando una nube negra se nos pone a todos encima y no levantamos la cabeza.

—Ay, no me extraña, da como un mal rollo, no sé... O igual soy yo, que como es natural me ha dejado patidifusa y estoy exagerando, no quiero hacer un mundo de esto. Yo lo que debía era estar limpiando.

—No, no eres tú. Esa mala onda la detectamos todos. Y, es más, nos llega a cada uno. Por el trabajo no te preocupes, ven a tomar conmigo un cafecito, anda.

—Que no, mujer, que esto no puede ser, tú tienes mucho trabajo también para andar perdiendo el tiempo conmigo. Y, en cuanto a mí, o espabilo o me voy a la calle, no hay más.

—Oye, ¿y tú siempre tienes que poner palabras en boca del resto? Porque hasta donde yo sé, eso tendría que decidirlo yo. Y no he dicho nada, te lo recuerdo.

—Perdona, es que yo soy un poco estilo Juan Palomo, ya me comprendes...

—Sí, sí, yo me lo guiso y yo me lo como, ya lo veo.

—¿De verdad tienes tiempo para un cafecito conmigo?

—Sí, aun a riesgo de que tus compañeras te llamen enchufada, sí.

—¡Ay, Dios! Ya sería lo que me faltase, qué ridículo más espantoso.

—Tonta, que lo he dicho de broma. Además, qué quieres que te diga, si a mí me apetece darme una vueltecita por la cafetería.

Pude comprobar que era así porque cuando llegamos Miguel Ángel le echó una miradita de arriba abajo que no se la saltó un galgo y ella engordó dos o tres kilos de golpe.

—¿Tú has visto eso? ¿Seguiste mi consejo y te pasaste por el garito donde toca? ¿Es eso?

—No, no, qué va, no me atreví. Pero sí que noto cómo me mira y chica, la verdad es que hacía mucho tiempo que no me pasaba.

—Pues te ha hecho una radiografía completa, para mí que hasta te ha desnudado con la mirada. Pero con toda la elegancia, que estilo tiene el tío un rato largo.

—¡Qué cosas dices! Y menos mal que no, que llevo yo unas bragas como para eso.

—¿No me digas que las llevas de cuello vuelto?

—Más o menos, no te vayas a creer—La vi reírse por primera vez y logró contagiarme la risa en un momento en el que yo solo quería llorar.

A pesar de que había un chico y una chica más jóvenes atendiendo las mesas, Miguel Ángel salió expresamente a tomarnos nota.

—Las señoritas dirán—Nos hizo como una especie de graciosa reverencia que sacó la sonrisa de ambas.

—¿Pueden ser un par de cafecitos con leche? El mío tan solo manchadito—le pidió.

—Puede ser eso y todo lo que gusten vuestras mercedes.

—¿Vuestras Mercedes? Miguel Ángel, ¿tú te has escapado de las páginas de “El Quijote”? —Sonrió ella por segunda vez en un momento.

—Más o menos, porque ando ensayando con los colegas una obra de teatro de época.

¹. —¿De teatro? ¿Qué me estás contando? Me encanta el teatro, de toda la vida me habría encantado hacerlo.

—¿Y a qué se supone que estás esperando, Ruth? La vida es breve, no hace falta que lo leas en el Face ni en ningún lugar de esos donde se supone que hay un montón de friki *coachs*. Es suficiente con vivir para aprenderlo y nosotros ya no estamos para perder el tiempo.

—Pues no sé, no me lo he propuesto nunca. Es una cosa de esas que se te pasa mil veces por la cabeza, pero nunca la llevas a cabo.

—¿Y te parece bonito? Te informo de que en la obra quedan un par de papeles de mujeres por cubrir, ¿os apetece?

—A mí desde luego que no, que yo ya tengo un buen drama con mi propia vida, pero a ella seguro que sí—le indiqué.

—No, no, no, ¿Cómo va a ser eso?

—Siendo, te paso la ubicación y te acercas el viernes por la tarde, ya verás lo bien que te lo pasas.

—¿El viernes por la tarde? No sé si podré.

—¿Tan apretada tienes la agenda? Chica, ni que fueras un ministro...

—No sé, no sé, tú envíamela y ya veremos.

—Pues tú me dirás.

—¿Qué quieres que te diga? —Ella estaba con los mofletes hirviendo, otra como yo.

—Tu teléfono, mujer, ¿o dónde se supone que te voy a enviar la ubicación?

—Ains, perdona, qué tonta. Claro...

Me quedé mirando embelesada, porque los dos estaban como un par de adolescentes. Él llevaba la batuta de la conversación, pero no por eso parecía menos nervioso.

Cuando por fin se marchó, me eché a reír.

—No te va a hacer falta ir a verlo tocar. O, mejor dicho, te va a invitar él mismo a su local.

—Anda ya, ¿cómo va a ser eso?

—Ya me lo dirás cuando salgas el viernes del teatro, la cosa no habrá terminado ahí.

—No, ¿eh? Que yo pareja no quiero. Y mucho menos que trabaje en el hotel, que ya tuve mi ración.

—No puedes estar toda la vida haciendo pagar a justos por pecadores. No tendría sentido.

—Si es que no es eso, es que yo no puedo.

—Date por afortunada, tú que tienes una oportunidad.

—Mi niña, te has quedado muy chafadita, ¿es eso?

—Es que verás, yo podía asimilar que no me perdonara, porque se la he liado pero que muy parda. Ahora, que viniera acompañado en tan poco tiempo y encima con Kalyna, es una jugada del destino.

—Yo tampoco esperé nunca volver a verlo con esa mujer, ha sido un impacto total. Calla, que por ahí viene.

Seguimos hablando como si nada, con tal de que ella no se percatara de que lo hacíamos sobre su persona, pero

¿era imposible quitarle la vista de encima a aquella diosa rubia, de interminables piernas, que venía enfundada en un precioso mono de color kaki de estilo militar, muy marcial ella. Ahora bien, lejos de calzar unas botas de cordones, llevaba puestas las sandalias más exclusivas que yo había visto en mi vida, a juego también con su lujosa pedicura.

—Ya estamos todos—murmuré por lo bajini.

—¿Qué te apuestas a que cuando se vaya viene Miguel Ángel hablándonos de algún gesto por su parte?

—Supongo que solo le pediré un café, no creo que haya lugar a...

—No lo crees porque no la conoces, pero Kalyna no deja títere con cabeza, ya lo verás...

—Pues vaya prendita de mujer—suspiré.

—No lo sabes tú bien, yo no sé lo que le ve René. Para mí que le hizo en su día un conjuro mágico o algo, porque no me explico cómo lo hace para tenerlo comiendo de la palma de su mano otra vez.

Yo tampoco lo sabía, pero si hubiera estado allí Rebeca me habría dicho que me cagara en todos los conjuros, por si acaso.

Parece que nos leyó el pensamiento, porque pese a que había una distancia suficiente para que no nos escuchara cuchichear, nos dirigió una mirada que miedito daba.

En cuanto Miguel Ángel la hubo servido y ella se fue, se acercó a nosotras.

—¿Habéis visto a la engreída esa? Señor, lo que se creen algunos clientes, va de diva total.

—No vas a tener tanta suerte—le contestó Ruth.

—No entiendo nada, explícame, ¿qué tiene que ver mi suerte con esta mujer?

—Pues que no es una clienta, es la novia de René, el director. A ver, yo la tenía por su exnovia, pero se ve que el destino está juguetón y han vuelto, no te digo nada.

—Ya, pero me lo dices todo.

—Jesús, si me ha puesto de incompetente en un momento porque decía que le faltaba una gota de leche al café.

—De mala leche le sobran a ella muchas gotas, te lo digo yo que la conozco bien.

Estábamos atónitas, las dos estábamos atónitas y ni siquiera nuestros respectivos cafés, que él acompañó con unas deliciosas pastitas, nos dejaron buen sabor de boca.

—¿Qué voy a hacer ahora, Ruth? No sé de qué palo va esta mujer, pero lo que tengo claro es que no debe estar dispuesta a soltarlo.

—Supongo que no, menudo mamarracho de tía, por mucho porte que tenga.

—Madre mía, eso sí, que parece una modelo de esas de Bulgari o algo.

—Eso no es raro, que para eso es búlgara—Se echó ella a reír y es que razón no le faltaba, yo no había caído en la cuestión.

—Anda, mi madre...

—Entiendo que estés súper disgustada y ojalá que esto no sea algo duradero. Ya contamos con que una vez no les salió, ¿por qué habría de salirles ahora?

—Porque yo tengo una mala pata tremenda, por eso.

—No seas tontorrón, que no, vamos a confiar en que René se ha dado un golpe en la cabeza y que cuando vuelva en sí la mande un poco lejos.

—No confío yo en eso, lo mismo ha comprendido que es la mujer de su vida.

—¿La mujer de su vida? Esa tía tan estirada no puede ser la mujer de la vida de nadie, ¿no has visto su gesto? Inexpresivo total, es el que lleva siempre. No la he visto sonreír en mi vida.

—Anda, será de esas como alguna que otra famosa, que no sonríe para evitar las marcas de expresión.

—Y que lo digas, seguro que es eso. O, simplemente, que a la tía no le hace gracia nada, que también puede ser. Para mí que es una seca, pero una seca.

Tuve que aguantar la risa porque me acordé de que las chicas también la apodaron a ella como “la seca”, algo que no le dije, por supuesto, por no hacerle daño.

Nos tomamos el cafecito sin apenas poder entender lo que había pasado. Kalyna era la última persona con quien todos aquellos que conocían a René desde hacía tiempo esperaban verlo. Y luego estaba yo, que me había llevado el disgusto del siglo, al no esperarlo para nada.

Nos levantamos de la cafetería y nos despedimos de Miguel Ángel.

—Ya te tengo fichada, ¿eh? Ni se te ocurra fallarme el viernes.

—Pero hombre de Dios, ¿qué dices? —Se reía ella al tiempo que se ruborizaba.

—Lo que escuchas, mujer, que tienes que venir al ensayo, que allí no nos comemos a nadie y te va a gustar, lo intuyo.

Se fue sin decirle ni que sí ni que no, sino todo lo contrario. Cuando salimos de la cafetería le di la charla.

—Ni se te ocurra faltar, que mira el interés que tiene.

—Pero es que me da una cosita...

—Déjate de cositas, que mira luego las que pasan. Se despista una y cuando se quiere dar cuenta aparece una lagarta que vaya.

—Mujer, reconoce que lo tuyo fue más que un despiste, que yo estoy de tu parte, pero que René tragó quina cuando te vio aparecer con ese chico.

¡—Ay, Ruth, si las cartas se jugaran dos veces...

!

—Ay, Ruth, si las cartas se jugaran dos veces...

Capítulo 19



Más que nunca me dieron tentaciones de irme a la Conchinchina, tanto que las chicas me preguntaron cuando volvieron de la compra, por la tarde.

—¿Se puede saber qué miras tan atenta?

—Vuelos, estoy mirando vuelos.

—¿Tanto te da el dinero de sí? Yo también me daría un garbeo por cualquier lugar de Europa, pero no va a poder ser—insistió Rebeca.

—No estoy mirando unas vacaciones, obvio que no, lo que estoy estudiando es la posibilidad de irme de aquí.

—¿Regresas a tu tierra? Ni se te ocurra, que ni se te pase por la cabeza que te vamos a dejar dar un paso atrás y volver con Guille.

—¿Esto qué es? ¿Y quién está pensando en Guille? Yo lo único que quisiera sería quitarme de en medio, irme a cualquier sitio a partir de cero.

—Vamos a ver, si llevamos aquí dos días y medio, bobita, ¿eso cómo va a ser? —Alba me ofreció una luminosa sonrisa que me dio que pensar.

—Ya, pero en ese poco tiempo la he cagado a lo grande, pero a lo grande... Y necesito olvidarme de todo.

—No, tú lo único que necesitas es olvidarte de René y de paso de la tía esa que trae, que por mi madre de mi alma que esa está cruda. Ni cociéndola tres horas se la podría comer nadie—intervino Rebeca.

—Pues se ve que él sí que puede, porque no es la primera vez que está con ella. Me ha ganado la partida, fin de la historia.

—No, la partida puede ser muy larga. Ahora, que si vas desde ya con esa actitud derrotista no te digo yo que no te la gane, claro que puede ser.

Quise cambiar el tercio, porque algo me mosqueaba.

—Oye, y tú tienes una sonrisita muy sospechosa—le pregunté a Rebeca.

—Pues eso es lo que te quería decir, tontuela, que unos días estamos arriba y otros abajo, ¿quién crees que viene a verme este fin de semana?

—¿El vikingo? ¿Viene tu vikingo?

—¡¡¡Bingo!!! —exclamó Alba.

—No veas si me alegro, bonita.

—Yo sí que me alegro, porque no las tenía todas conmigo. Él me había dicho que sí, que en cuanto pudiera, pero creí que era un cuento chino.

—O una historia vikinga, que son más brutas, pero también más sensuales. No veas cómo se lo montaban los tíos, yo a raíz de salir tú con el tuyo lo he estado mirando y le daban tela al tema—intervino Alba.

—Sí y de casta le viene al galgo, que mi Otis me pone en órbita con solo decirme que viene. Ay, Dios mío, tengo que ir a comprarme ropa interior para parecer la más sexy de las valkirias.

Eran un disparate, mis amigas eran un disparate y, pese al mal día que yo tenía, me sacaron la risa.

—Mira a Rebeca, que estaba como un alma en pena y ahora lo contenta que está. Tranquilita, Camila, que la tía esa lo mismo hoy está aquí y mañana le sale un contrato para desfilas en Milán o en la gran puñeta, a poder ser.

—Pero si no es modelo.

—Ah, ¿no? ¿Y a qué se dedica?

—Pues quizás se dedique a darnos por saco a nosotras, porque a temporadas ha trabajado en el hotel.

—¿En el hotel? ¿De perro guardián? Porque esa tiene que gastarse una mala baba...

—No sé ni de qué, pero os aseguro que no va a hacer labores de camarera de piso, eso fijo.

—Fijo, pero fijo, que a esa se le parte una uña y pone una demanda, se ve de las que va de ese palo.

—Estamos apañadas, Alba, ¿a ti tampoco te mejora el plan?

—¿A mí? Yo a Sergio lo he regado al mediodía.

—¿Cómo que lo has regado? ¿Te has creído que es un cactus?

—Pues mira, más o menos, que ha comenzado a correr detrás de mí y he visto una regadera muy a mano.

—Qué malilla, no puedo creerlo.

—¿Malilla? Encima de que le he aclarado las ideas. No hija, no, de malilla nada. Me lo tiene que agradecer.

—Sí yo lo vi al salir y te lo iba agradeciendo. Concretamente te lo iba agradeciendo a ti y a toda tu generación—
Se rio Rebeca.

—¿Sí? Pues me alegro. Él me dio por saco a mí, ¿no? Pues ahí tiene, ahora le voy a hacer la puñeta todo lo que pueda.

—¿Y no vas a sopesar que quizás sí que esté arrepentido de veras? El Sergio que yo conozco habría pasado tres kilos ya de ti y no de ahora, sino desde el primer momento que rompisteis.

—Me importa un huevo lo que haga o lo que deje de hacer tu primo, te lo advierto.

—No te lo crees ni tú, todavía te escuece y lo sabes...

—¿Podemos hablar de vosotras, por favor? Paso de tu primo, tú estás muy contenta y Camila está para los leones, creo que hay más temas de los que charlar.

Alba solía terminar de lo más rayada cuando hablábamos de lo suyo con Sergio y es que ella de ese muñeco surfero se había enamorado en un abrir y cerrar de ojos, lo mismo que Rebeca de su vikingo y yo de un René que ahora me había sustituido por la tía más rara del mundo entero mundial.

Me sentía olvidada, tremendamente olvidada por él y como para no, si ni siquiera se había dignado saludarme cuando me vio. Quizás el dolor que pensé que le había provocado ni siquiera fuera tal, quizás solo le serví de puente para superar su pena por la otra, quizás solo fui una muñeca en sus manos que ahora se sentía rota y sola.

Dolor, dolor en estado puro fue el que sentí yo esa noche cuando me metí en la cama. Y confusión, la confusión de ignorar por completo hacia dónde conducir el velero que era mi vida.

—¿Y no vas a sopesar que quizás sí que esté arrepentido de veras? El Sergio que yo conozco habría pasado tres kilos ya de ti y no de ahora, sino desde el primer momento que rompisteis.

—Me importa un huevo lo que haga o lo que deje de hacer tu primo, te lo advierto.

—No te lo crees ni tú, todavía te escuece y lo sabes...

—¿Podemos hablar de vosotras, por favor? Paso de tu primo, tú estás muy contenta y Camila está para los leones, creo que hay más temas de los que charlar.

Alba solía terminar de lo más rayada cuando hablábamos de lo suyo con Sergio y es que ella de ese muñeco surfero se había enamorado en un abrir y cerrar de ojos, lo mismo que Rebeca de su vikingo y yo de un René que ahora me había sustituido por la tía más rara del mundo entero mundial.

Me sentía olvidada, tremendamente olvidada por él y como para no, si ni siquiera se había dignado saludarme cuando me vio. Quizás el dolor que pensé que le había provocado ni siquiera fuera tal, quizás solo le serví de puente para superar su pena por la otra, quizás solo fui una muñeca en sus manos que ahora se sentía rota y sola.

Dolor, dolor en estado puro fue el que sentí yo esa noche cuando me metí en la cama. Y confusión, la confusión de ignorar por completo hacia dónde conducir el velero que era mi vida.

Capítulo 20



De momento tendría que permanecer en Lanzarote porque no sabía hacia dónde se dirigiría mi vida, para qué negarlo...

A la mañana siguiente me aseguré de estar bien lejos del *hall* a la hora que ellos llegaran, estando a resguardo, ocupándome de arreglar las habitaciones, que era para lo que se me pagaba.

Sin embargo, horas más tarde, a la hora del descanso, Rebeca y Alba me comentaron que se había liado una buena zapatista de la cual ni me enteré.

—¿No has escuchado los gritos? —me preguntaron.

—¿Qué gritos? A ver si va a ser esto un pasaje de esos del terror de Halloween, que anoche me enviaron un vídeo con el que, a pesar de estar destrozada, me morí de la risa. Iba de dos inútiles que se meten en un pasaje de esos y al final tienen que llamar hasta el 112, porque acaban en el suelo desmayados.

—No, aquí la ambulancia no ha venido, pero porque la rarita esa no ha atrincado los pelos a quien ha fregado el *hall*. He escuchado decir que ha pegado una buena culada a consecuencia de que acababan de recoger una mancha en el suelo y estaba mojado.

—¿Qué me cuentas? ¿Y no ha habido tiros? Yo a esa me la imagino sacando un arma y dejando tieso al que atentó contra su imagen.

—Y la ha sacado, ha sacado el arma más afilada que tiene, que es la lengua. Y no veas, ha puesto a Naira, que ha sido la despistada, como los trapos.

—Madre mía, que tendremos que ir con pies de plomo, ¿y esa niña no puso el cartel de “mojado”?

—Ya sabes que es una huevona total, que yo no sé qué clase de enchufe tendrá para estar currando aquí, por lo visto iba a por él, para colocarlo, pero en plan tranquila, cuando llegó la otra y fue a dar con sus sofisticadas posaderas en el suelo.

—Madre mía y yo con los cascos puestos, es que no me he enterado de nada.

—Pues debes haber sido la única en todo el hotel, no te imaginas lo que se ha formado en el *hall*, riase usted de una manifestación del 8M.

—Vamos a tener que andar con siete ojos, chicas, a la vista está.

—No, la que va a tener que andar con siete ojos es ella, que no se ha partido nada de milagro. Y con lo alta que es que eso debe ser como caerse de un primer piso.

—¿Estáis hablando de Kalyna? —Se nos acercó Fernando, un compañero de mantenimiento.

—De la misma, sí, que se ha pegado una señora leche esta mañana.

—Sí, sí, yo estaba allí, qué me vais a contar. La niña del exorcista en plena acción parecería un angelito a su lado. Jesús, la de barbaridades que debe haber soltado por la boca, en su idioma, eso sí, para que nadie la pudiera señalar con el dedo.

—A esa la señalas con el dedo y te lo arranca ipso facto—le contestó Rebeca, haciendo el gesto de morderlo en el aire.

—Sí, sí, completamente de acuerdo, qué peligro debe tener la tía... Eso sí, es la leche, yo no he visto una mujer así en la vida. A mí es que me hipnotiza cada vez que pasa, tiene un no sé qué irresistible.

—Mira, mira, que esa no sé lo que tendrá aparte de mucha altura y mucha mala leche. Vale, el culo más alto que la matrícula de un avión, hasta ahí llevo, pero por lo demás no me vayas a decir que es nada del otro mundo¹ porque no—le respondió Alba.

—Porque tú lo digas, ¿y no será que le tienes un poco de envidia? Porque la tía es alucinante, totalmente alucinante—se defendió él.

Su comentario me dio dos patadas en el estómago, pues su opinión como hombre quizás fuera más objetiva que la nuestra, aunque yo nunca había hecho de menos a una mujer porque le tuviese coraje.

Era simplemente que Kalyna sería fascinante, pero que parecía que te ponía dos velas negras a su paso, la tía. Y a mí me daba un yuyu que hasta escalofríos sentía.

Desde su llegada el día anterior, qué duda cabía, el hotel se había revolucionado en el sentido de que ya no podíamos estar tranquilos. Con René allí todo estuvo siempre bajo control, pero bastaba que estuviera aquella² estúpida para que nos cayera la monumental a cualquiera en el momento menos pensado.

—A ti no se te vaya a ocurrir hacerle caso a nadie y sentirte menos que esa, ¿eh? —me aconsejó Rebeca.

—Qué va, ni que se hubiera llevado al hombre del que estoy enamorada ni nada, chicas.

—Esos son avatares de la vida y porque tú no estabas con él, que de otro modo no te lo habría quitado ni por cachondeo.

—Da igual, eso ya no lo sabremos nunca, esa es la realidad.

—Nunca, nunca... qué dramática, a ver si la que debe ir a lo de los ensayos de teatro eres tú y no Ruth, que se te da un pelín bien la tragedia.

—Rebeca, ya se nota que viene el vikingo a verte, ¿eh? Porque cuando no, vas llora que llora por los rincones como “La Zorzamora”.

—Toma ya, la antigualla que me ha soltado la niña por esa boquita.

Capítulo 21



No fue hasta el día siguiente cuando me encontré a René a solas. Iba yo como pollo sin cabeza, corriendo de un lado para otro, y no sé cómo me las apañé, pero no lo vi.

—Perdona, estaba un poco distraída—le dije pensando que era un cliente y atusándole la chaqueta.

—No te preocupes, no ha pasado nada.

La voz, fue su voz la que me puso los vellos como escarpías, ¿cómo era posible que fuese tan despistada?

—Ay, perdona, René, no me había dado cuenta de que fueras tú, lo siento muchísimo—le dije alzando la vista.

—No te preocupes, todo bien. En cualquier caso, estoy acostumbrado—me contestó en un tono correcto, pero tremendamente serio. Tanto que se podía cortar la tensión en el ambiente con un cuchillo.

—No te entiendo, ¿acostumbrado? —murmuré.

—Sí, me refiero a pasar desapercibido para ti, a que no me veas—matizó.

—¿Cómo? Es que no lo entiendo, palabrita del Niño Jesús que no lo entiendo.

—Ni falta que hace, tranquila, ¿tú estás bien? —Me revisó con la vista por si me había lastimado.

—Yo sí, tranquilo, gracias...

—Pues entonces todo bien, sigamos.

Los pies se me quedaron pegados al suelo como si hubieran echado tres botes de pegamento, porque fui incapaz de separarlos de él.

—René, espera—le dije y él, que había salido andando a toda pastilla, frenó en seco.

—¿Qué pasa ahora, Camila?

—Que te debo una explicación y necesito dártela, por favor.

—Y yo necesito que cerremos capítulo y que ambos sigamos adelante, ¿ok?

—No, por favor... Es decir, que sí, que tú puedes cerrar todo lo que quieras, pero que me escuches, por favor.

—No tengo ganas de eso, Camila, no tengo ganas de más... Estoy intentado cerrar página y abrir otra nueva, ¿no lo has visto?

—Pues anda que es como para no verla, si debe medir...—le solté sin más y, contra todo pronóstico, esbozó una sonrisilla. Su bonita cara le habría comido en ese momento de haber sido posible.

—No creo que sea de las medidas de Kalyna de lo que quieras hablar.

—No, sobre todo porque puedo salir perdiendo—Traté de hacer otra gracia para quitarle hierro al asunto.

—Eso es una tontería, pero aceptamos pulpo como animal de compañía si es lo que quieres.

—Lo único que yo quiero es que me escuches, René. No fue premeditado, te prometo que no fue premeditado.

—¿El darme aquella puñalada trapera no lo fue? Vale, pues entonces no se trató de un asesinato, sino de un homicidio. Por aquello de que no hubo premeditación. Me dijiste que te gustaba el Derecho, sabrás de sobra la diferencia.

—Sí, sí que la sé, pero que no creo que haya venido aquí a examinarme.

—No, has venido a trabajar, lo mismo que yo. Y eso es lo que ambos debemos hacer.

—Vale, que yo me quedo luego si hace falta a echar horas de más, pero escúchame.

—Te he dicho que aquello me mató, Camila, a esos efectos estás hablando con un cadáver. Lo último que podía imaginar era que tuvieses novio.

—Y no lo tenía, ya era mi ex. Lo era desde que le confesé que te había besado en la noche de la borrachera...

—¿Le contaste eso y él te dejó?

—Sí. Bueno, fue un poco más complicado que eso, pero podría resumirse así.

—Entiendo que le doliera, pero de ahí a dejarte... Ahora bien, si es que él ya veía otras cosas que no le cuadraban...

—Era él quien estaba liado con otra y yo sin saberlo. No sabes lo que me comí el tarro pensando en que le había fallado, sin poder explicarle.

—Siento que te ocurriera eso, pero como podrás comprender, yo soy la última persona que te puede ayudar. De hecho, para eso ya lo tienes a él.

—Ni mucho menos, él ya está de vuelta en su casa y ojalá que nunca hubiera pisado esta isla. Cuando llegó, justo antes de mi fiesta de cumpleaños, sentí que debía darle una oportunidad, que la vida nos la estaba dando a los dos, qué necia.

—¿Por qué necia? A priori era así, aunque tampoco su comportamiento fuera el más ejemplar.

—Porque esa misma noche, después de ver cómo te fuiste, yo ya estaba amargada. Fue un arrebató, él apareció y yo no vi que hubiera más posibilidades en el mundo, eso fue todo. Había sido mi novio de toda la vida, no vi más.

Hasta que detecté el dolor en tus ojos... un dolor que me cambió la perspectiva.

—Todo eso está muy bien, pero ¿dónde quedo yo? ¿Por qué ni siquiera tuve derecho a que me hablaras de él?

—Porque era un capítulo de mi vida que ya estaba cerrado. Y que cerré del modo más doloroso posible, hasta que él decidió reabrirlo.

—Pues eso mismo he hecho yo, cerrar el mío contigo, ¿qué crees que sentí cuando te vi con él? En mi vida me había sentido más ridículo, ¿puedes entender eso?

—¿Y tú puedes entender que no era lo que yo quería? En ningún momento, ¿me oyes? En ningún momento hubiera querido eso.

—Pues para ser así, bien que lo lograste. Ya está todo aclarado y ahora, ¿qué quieres de mí?

—No puedo pedirte nada, me siento olvidada y además es que me lo merezco, pero al menos necesito tu perdón.

—Por esa parte no te preocupes, perdonada estás, ¿y cómo es que estás sola?

—Porque Guille estaba liado con otra, lo descubrí justo el día antes de marcharme, porque decidí irme con él a su casa, te voy a ser franca.

—Porque era tu novio de toda la vida y lo querías, ¿no es así?

—Más bien porque no podía soportar el volver a encontrarme contigo y que me censuraras con la mirada. O peor todavía, detectar menosprecio por tu parte. Lo creas o no, para mí es el peor de los castigos, pese a que entiendo que tampoco hubiera sido nada en tu vida.

—¿Y eso por qué?

—A la vista está, yo estaba bien para un polvo, pero a ti te gusta que te vean con otro tipo de mujeres, mucho más sofisticadas, yo soy una chica sencilla.

—No te compares con nadie, Camila. Y mucho menos pienses que sales perdiendo en la comparación—carraspeó

—¿Eso quiere decir que hubieras ido conmigo en serio?

—¿Me ves un hombre capaz de jugar así con los sentimientos de las mujeres? Porque entonces apaga y vámonos.

—Es que yo ya no sé lo que pensar, porque tampoco veía así a Guille y me llevé un palo morrocotudo.

—Y yo no voy a aceptar que me compares a mí con nadie y, mucho menos, que también salga perdiendo no en la comparación, pero sí a consecuencia de que la llesves a cabo....

Hasta que detecté el dolor en tus ojos... un dolor que me cambió la perspectiva.

—Todo eso está muy bien, pero ¿dónde quedo yo? ¿Por qué ni siquiera tuve derecho a que me hablaras de él?

—Porque era un capítulo de mi vida que ya estaba cerrado. Y que cerré del modo más doloroso posible, hasta que él decidió reabrirlo.

—Pues eso mismo he hecho yo, cerrar el mío contigo, ¿qué crees que sentí cuando te vi con él? En mi vida me había sentido más ridículo, ¿puedes entender eso?

—¿Y tú puedes entender que no era lo que yo quería? En ningún momento, ¿me oyes? En ningún momento hubiera querido eso.

—Pues para ser así, bien que lo lograste. Ya está todo aclarado y ahora, ¿qué quieres de mí?

—No puedo pedirte nada, me siento olvidada y además es que me lo merezco, pero al menos necesito tu perdón.

—Por esa parte no te preocupes, perdonada estás, ¿y cómo es que estás sola?

—Porque Guille estaba liado con otra, lo descubrí justo el día antes de marcharme, porque decidí irme con él a su casa, te voy a ser franca.

—Porque era tu novio de toda la vida y lo querías, ¿no es así?

—Más bien porque no podía soportar el volver a encontrarme contigo y que me censuraras con la mirada. O peor todavía, detectar menosprecio por tu parte. Lo creas o no, para mí es el peor de los castigos, pese a que entiendo que tampoco hubiera sido nada en tu vida.

—¿Y eso por qué?

—A la vista está, yo estaba bien para un polvo, pero a ti te gusta que te vean con otro tipo de mujeres, mucho más sofisticadas, yo soy una chica sencilla.

—No te compares con nadie, Camila. Y mucho menos pienses que sales perdiendo en la comparación—carraspeó.

—¿Eso quiere decir que hubieras ido conmigo en serio?

—¿Me ves un hombre capaz de jugar así con los sentimientos de las mujeres? Porque entonces apaga y vámonos.

—Es que yo ya no sé lo que pensar, porque tampoco veía así a Guille y me llevé un palo morrocotudo.

—Y yo no voy a aceptar que me compares a mí con nadie y, mucho menos, que también salga perdiendo no en la comparación, pero sí a consecuencia de que la llesves a cabo....

Capítulo 22



—Yurena es que no sé lo que ha pasado con mi vida, ¿cómo puede haberse liado tanto? —le pregunté por la tarde

—Chica, si no lo sabes tú, fíjate si voy a saberlo yo... Ahora, que René no debe estar pasándolo nada bien tampoco.

—Pues a juzgar por su compañía nadie lo diría, los hombres piensan que esa mujer es alucinante.

—Y lo será físicamente, por mucho que a mí me gustes más tú.

—Yo prefiero no gustarte demasiado, que a ti te va todo y no vayamos a tener lío—Me reí abiertamente, necesitaba desahogarme.

—Pues lo mismo eso te quitaba todas las tontunas de la cabeza, ¿tú lo has probado?

—No, ni intención que tengo de momento, que no me llama la atención. Eso sí, si alguna vez cambio de opinión...

—Me llamas a mí la primera o cortaré contigo para toda la vida—Hizo ese gesto tan de niñas de cortar por lo sano con una amistad.

—Qué arte tienes. Y yo, qué desgraciada soy, ¿qué voy a hacer con mi vida?

—No digas eso, mujer. Y en el peor de los casos, por lo menos tú conservas la cabeza encima de los hombros, no como otros.

—Lo dices por René, claro...

—Joder, es que las cosas iban sobre ruedas contigo. Lo último que habría imaginado es que esta tipa podía volver a entrar en acción, con el daño que ya le hizo una vez.

—Y que no sabemos ni el porqué.

—Por haber nacido, ya simplemente por haber nacido, porque esa de buena debe tener bien poco.

—¿Es que él no se da cuenta de lo insoportable que su novia es y de lo mal que se porta con todo el mundo?

—Pues yo qué sé, chica, aunque ella se comporta todavía peor cuando él no está delante y eso no tiene la oportunidad de verlo. Mira, nos pasaba a nosotros...

—¿Qué os pasaba?

—Ella, con los padres de René, con eso de que son adinerados, como que de puta madre, pero a mi padre y a mí no nos soportaba, por ser pobres.

—Será asquerosa, la muy hija de Satanás.

—Sí, nos miraba con una cara de asco que para qué cuando él no estaba delante. Pero, sin embargo, cuando sí que estaba, me trataba hasta de “hermanita” y todo. Te prometo que era nauseabundo, me daban unas ganas de cogerla por el cuello y apretar hasta que se pusiera morada que para qué.

—No me extraña. Yo a René no lo veo bien, de todos modos.

—No puede estarlo. Ahora, también te digo, ella fue muy tóxica la otra vez y a él le costó mucho todo aquello, yo lo que me temo es que ahora, que está tocado, lo llegue a asfixiar.

—Pero él es un tío muy inteligente, menudas notazas ha sacado siempre, tú me lo has contado.

—Ya, pero me temo que, en ese tipo de carreras, como la que él hizo, no hay asignaturas de prevención contra arpías, aunque debería...

—No, no lo creo. Eso va a tener que aprenderlo por sí solo.

—Eso o vamos tú y yo una noche a quitarla de en medio, que también puede ser.

—Tía, no hables así, que me da miedo...

—Es broma, qué más quisiera yo que hacerla desaparecer con un chasquido de dedos.

—Pues anda que yo, te puedes imaginar.

—Ains, bobita, con lo que me hubiera gustado a mí tenerte de cuñada, ¿estás segura de que no nos merece la pena contratar un sicario?

—Calla, calla, que buenas tentaciones que me dan, eso puedes jurarlo. Y hablando de otra cosa, ¿qué tal por tu casa?

—Hay días, unos una chispa mejores y otros peores, pero este hombre no levanta cabeza.

—Vaya plan que tenemos, no me digas que no te gustaría que nos montáramos en un avión e irnos al lugar más lejano que se te ocurra.

—Al mismísimo Polo Sur, por ejemplo, que allí te podría yo dar calorcito...

—Pero bueno, ¿qué pasa aquí? ¿Tú te has levantado hoy falta de cariño o qué?

—Lo mismo un poco sí—Me sonrió con toda la gracia del mundo.

—Pues en ese sentido, como seas igual que yo, ya te puedes sentar a esperar, porque sin Guille y sin René no sé cuándo me volveré a animar para el tema.

—Lo que yo te diga, si la situación ideal sería esa, las dos unidas en la desgracia, entrelazando nuestros...—Era de lo más cómica, otra que servía para hacer teatro.

—Mejor no me cuentes lo que entrelazarías conmigo que igual me escandalizo, que yo ahora ya soy otra cosita, pero cuando llegué aquí era una pava, pero pava...

—Lo dices como si hiciera mucho tiempo y nos acabamos de conocer prácticamente.

—Sí, lo que pasa es que en estas semanas he vivido más aquí, en esta isla, que en el resto de mi vida, eso es lo que siento.

—Ya, si lo entiendo. Mi vida tampoco te creas que ha sido de esas intensas, más allá de algún viaje que haya hecho con René y su familia.

—Eso tiene que cambiar, chica, yo no quiero sentirme menos que nadie, te lo digo desde ya.

—Ni yo tampoco y con lo guapísima que tú eres, solo tienes que creértelo, te van a faltar a ti tíos, vaya.

—Pero es que yo no quiero tíos en general, yo solo quiero a uno con dos ojazos así verdes...

—Tiene unos ojos fuera de serie el condenado, sí.

—El condenado no es él, la condenada soy yo, y la olvidada...

—Para el carro que te embalas, que como sigas así te voy a regalar un bono para un psicólogo.

—Ah, pues mira qué regalo más bonito, así envuelto con su lacito y todo. Para eso, envuelves a René y te ahorras el bono.

—Ya me estoy imaginando dónde quieres tú que le ponga el lacito a ese...

—Lo que yo te diga, si la situación ideal sería esa, las dos unidas en la desgracia, entrelazando nuestros...—Era de lo más cómica, otra que servía para hacer teatro.

—Mejor no me cuentes lo que entrelazarías conmigo que igual me escandalizo, que yo ahora ya soy otra cosita, pero cuando llegué aquí era una pava, pero pava...

—Lo dices como si hiciera mucho tiempo y nos acabamos de conocer prácticamente.

—Sí, lo que pasa es que en estas semanas he vivido más aquí, en esta isla, que en el resto de mi vida, eso es lo que siento.

—Ya, si lo entiendo. Mi vida tampoco te creas que ha sido de esas intensas, más allá de algún viaje que haya hecho con René y su familia.

—Eso tiene que cambiar, chica, yo no quiero sentirme menos que nadie, te lo digo desde ya.

—Ni yo tampoco y con lo guapísima que tú eres, solo tienes que creértelo, te van a faltar a ti tíos, vaya.

—Pero es que yo no quiero tíos en general, yo solo quiero a uno con dos ojazos así verdes...

—Tiene unos ojos fuera de serie el condenado, sí.

—El condenado no es él, la condenada soy yo, y la olvidada...

—Para el carro que te embalas, que como sigas así te voy a regalar un bono para un psicólogo.

—Ah, pues mira qué regalo más bonito, así envuelto con su lacito y todo. Para eso, envuelves a René y te ahorras el bono.

—Ya me estoy imaginando dónde quieres tú que le ponga el lacito a ese...

Capítulo 23



—¿Os importa si Otis se queda en casa? —nos preguntó al mediodía del viernes Rebeca.

—Qué va, mujer y menos si desembarca con toda una legión de ellos, que a mí lo del barco vikingo siempre me ha gustado mucho.

—Me temo que viene solito, aunque este hace por varios.

—Pero no es para compartir, ¿no? Pues entonces, qué más nos da...—Alba tenía ganas de cobrar.

—Pues claro que no es para compartir, no te jode la niña esta, a ver si tú habrías compartido a Sergio.

—Yo a ese claro que sí, pero antes lo habría descuartizado, que es lo que se merece. Y nos lo habríamos comido en un guiso.

No había quien la bajara del burro con la cuestión de Sergio y es que la desconfianza se había instalado en su corazoncillo para quedarse.

—Qué brutísima que eres, al final me está dando hasta pena de mi primo. Y eso que no creí nunca que pudiera ocurrir, pero sí.

—Ya, si ahora va a ser un santo, lástima que no tenga la coronita puesta.

—Uf, una Coronita me tomaba yo, eso sí—Pensé en alto.

—¿Y eso a qué viene ahora, loca? —me preguntó Alba.

—Pues a que se me ha antojado un mexicano, pero no un tío, ya me entendéis, sino ir a un mexicano a cenar.

—Pues yo, porque hoy estoy reventada, pero si quieres mañana por la noche salgo contigo.

—Podíamos hacer algún plan, sí, y dejamos a estos dos aquí, que tiren la casa abajo.

—A ver si os creéis que mi vikingo ha venido a meterse solo entre estas cuatro paredes, que aterriza en Lanzarote y es verano. Nosotros ya le daremos al pim, pam, pum después, pero antes también saldremos.

Al menos Rebeca estaba radiante, nosotras dos, no, pero iba siendo hora de que espabiláramos.

—Nada, nada, pues no os cortéis, cuando sea hora de darle, Alba y yo nos ponemos los tapones de los oídos y

todo arreglado.

Me apetecía mucho comprarme algo de ropita. Mi ánimo estaba por los suelos, pero lo de ir de *shopping* era santa medicina y yo necesitaba tomarme dos o tres tarros.

Se lo propuse a Alba a media tarde y aceptó.

—Sí, sí, nos vamos a ir como Dios pintó a Perico, que ya está bien de tanto duelo, ni que se nos hubiera muerto alguien.

Enfilamos para el centro comercial y allá que nos perdimos entre las tiendas, mirando y probándonos un montón de trapitos. A media tarde, hicimos una paradita para un café y me acordé de Ruth, a quien le envié un WhatsApp

Yo: “Ni se te ocurra decirme que no vas a los ensayos, es que ni se te ocurra”

Ella: “Hola, bonita, así me gusta a mí hacer las cosas, sin presiones”

Yo: “No me vengas con excusas, ¿te estás arreglando ya?”

Ella: “Ahora voy a empezar a hacerlo, palabra”

Yo había sido siempre así, me gustaba que los demás disfrutaran cuando yo también lo hacía y, aunque tenía el corazón roto, me propuse disfrutar ese fin de semana.

Bien mirado, era el primero de mi vida adulta en el que no tenía a ningún hombre a mi lado ni el propósito de tenerlo, porque a Guille no lo quería volver a ver ni en la hora de mi muerte y René estaba más perdido para mí que el barco del arroz.

—Le estaba escribiendo a Ruth, que a esta la emparejo yo, se me ha metido entre ceja y ceja.

—Pues entonces ya se puede dar por casada, como no eres tú insistente ni nada cuando quieres algo...

—Pues anda que tengo yo una famita...

—La que te has buscado, la que te has buscado. Oye y tu amiga Yurena, ¿Qué tal?

—Tirando, la pobre tirando, que no veas si lleva una carga pesada, esa sí que es terca como una mula.

—¿Y si la invitamos mañana a cenar? ¿Qué te parece?

—Uff, pues le vendría de escándalo una salidita. Además, creo que tiene ahora unos días libres.

—Pues no se diga más, nos vamos las tres y a la cacho perra de Rebeca la dejamos que se airee por la isla con su vikingo, que ese seguro que trae la ubicación de Cuenca en el móvil.

—Yo creo que sí, la va a poner mirando para allí rapidito...

Nos alegrábamos cantidad por nuestra amiga, aunque esa noche también nos acordamos de toda la casta vikinga de él y de la asturiana de ella, porque la que montaron en su dormitorio fue de esas que se hacen virales.

—Tía, que nos tiran la casa abajo, ¿tú estás escuchando esos golpes? —le pregunté intentando envolverme la

cabeza con la almohada.

—Yo solo espero que el bloque tenga un buen seguro, porque este tío lo tira abajo, por mis mulas que lo tira abajo.

—Como esto siga así, vienen esta noche los bomberos, te lo digo yo, va a haber riesgo de derrumbe.

—Eso, eso, que vengan todos provistos con las mangueras, que Rebeca ya está servida, pero nosotras...

—Pero si no hay un incendio, a santo de qué vendrían con las mangueras.

—No lo habrá hasta que ellos lleguen, porque entonces arderá Troya—Se partía mientras me hacía gestos con la mano de la que se estaban dando aquellos dos en la cama.

El cabecero de Rebeca, que era de forja, no paraba de golpearse con la pared y la iban a dejar de pena, a juzgar por el ruido que aquello estaba haciendo.

—A ver si esto va de que tenemos que poner un vikingo en nuestras vidas—reflexioné por la que allí había montada.

—Yo creo que va a ser eso, porque el género nacional nos ha salido más que rana—argumentó Alba.

cabeza con la almohada.

—Yo solo espero que el bloque tenga un buen seguro, porque este tío lo tira abajo, por mis mulas que lo tira abajo.

—Como esto siga así, vienen esta noche los bomberos, te lo digo yo, va a haber riesgo de derrumbe.

—Eso, eso, que vengan todos provistos con las mangueras, que Rebeca ya está servida, pero nosotras...

—Pero si no hay un incendio, a santo de qué vendrían con las mangueras.

—No lo habrá hasta que ellos lleguen, porque entonces arderá Troya—Se partía mientras me hacía gestos con la mano de la que se estaban dando aquellos dos en la cama.

El cabecero de Rebeca, que era de forja, no paraba de golpearse con la pared y la iban a dejar de pena, a juzgar por el ruido que aquello estaba haciendo.

—A ver si esto va de que tenemos que poner un vikingo en nuestras vidas—reflexioné por la que allí había montada.

—Yo creo que va a ser eso, porque el género nacional nos ha salido más que rana—argumentó Alba.

Capítulo 24



—Estoy más fea que la rodilla de una cabra, qué malita me he levantado—nos comentó Rebeca al hacerlo.

—Si es que te has pasado toda la noche dándole al matarile, que parecía que estaban matando un cochino en el dormitorio—le recriminó Alba.

—¿Un cochino? ¿Yo gruño así? Venga ya, qué finolis las dos...

—No, mujer, que no es eso, pero que vaya escandalazo. En un momento dado escuchamos hasta unos cuantos palos en el techo, seguro que era la señora de abajo quejándose con la escoba.

—¿La bruja esa? Pero si yo creía que esa la escoba solo la tenía para volar, que le den, que le den y que le den.

—Pues eso es lo que va a querer a partir de ahora, que le den como te han dado a ti.

—Pues si se cree que va a encontrar a uno así, la lleva clara. Vikingos como el mío hay pocos.

—Sí, y no creo que le peguen precisamente a ella, que los noventa ya no los cumple.

En el piso habíamos tenido bastante suerte con todo, pero como la perfección no existe, nos había tocado una vecina de abajo, muy mayor, de lo más huraña e impertinente.

—A mí se me parece a Doña Fina la de “La que se avecina”, esa mujer me da miedo—la comparé.

—Es verdad, en versión mucho mayor pero sí, yo me la imagino coleccionando pelos de nueras para hacerles vudú—Alba y sus teorías.

—Ay, calla, que me dan un repelús esas cosas que para qué.

—Pues nada, tú con tal de no ser su nuera, ya tienes suficiente.

—Sí, en eso estaba yo pensando, en meterme ahora en más líos de esos. Para mí que no me cogen en otro en siglos.

Pensé que el corazón se me haría duro como una piedra. Después del palo que me dio Guille y de lo que estaba sufriendo con René, lo último que deseaba era volver a emparejarme.

—Muy bien, tú y yo nos vamos a quedar solteras e iremos a la boda de Rebeca con el vikingo. Pero antes nos tiramos al boy de la despedida, por turnos... O los tres a la vez, me da igual—Alba estaba especialmente

desmelenada.

—Qué turnos ni turnos, déjate que a mí lo del sexo en grupo no me va nada—le aclaré.

—Pero ¿tú lo has probado?

—Ni falta que me hace, Albita, ni falta que me hace. Otra como Yurena, ¿qué os ha entrado a todas?

—¿Qué le pasa a Yurena?

—Nada, nada, cosas mías... que a mí se me está abriendo la mente, pero tampoco le queráis pedir peras al olmo.

Qué les gustaba a mis amigas buscarme.

Aquel día llegamos a trabajar y Ruth tenía una sonrisa especial, en su rostro aparecía una luminosidad cuando menos sospechosa.

—Tú estás contenta y no me digas que no.

—Me han dado el papel en la obra, uno de los dos, el que hace de pareja del personaje que representa Miguel Ángel.

—Mira qué casualidad, y alguien está contenta a tope.

—Sí que lo estoy, me lo pasé de fábula y me ha invitado a que vaya esta noche a verlo tocar, no te equivocaste.

—Y supongo que vas a ir.

—No lo sé, no lo tengo decidido todavía, tampoco quiero parecer una desesperada.

—¿Una desesperada por ir a ver a actuar a un amigo que además te gusta y que te lo ha pedido? Huy, yo si me entero de una cosa así, pensaría que se trata de una colgada de la vida, sí.

—Ay, no me tomes el pelo, es que no sé lo que hacer.

—Vas y punto, decisión tomada, ni se te ocurra hablar más, ¿vale?

La dejé allí, ensimismada en sus pensamientos, y entonces vi que llegaron René y Kalyna, ella con un vestido de diseño de esos que solo se ven en las pasarelas.

—Es que tiene estilo, qué se le va a hacer—Me encogí de hombros.

—Tú dirás lo que tú digas, pero para mí que ese vestido es galáctico, con esas hombreras tan raras que me lleva. Es que, entre la ropa y ese gesto tan raro, esta tía es una extraterrestre—conjeturó Rebeca.

—¿Otra marciana? —le pregunté con el cachondeito de lo de la isla.

—Lo mismo sí, pero ella en versión *fashion*, nada de ir de verde ni con las orejas de soplillo, que esa debe tener operado hasta el chumino—nos soltó y a desternillarnos que tocó.

Suerte que no se enteró o nos habría fulminado con la mirada. Era sin que la molestáramos y nos miraba a todos

como si nos estuviera perdonando la vida, así que cuanto y más...

—Nuestro gozo a un pozo—me comentó más tarde Ruth, a la hora de la salida.

—¿Y eso? ¿Qué pasa ahora? ¿Tú no estabas la mar de contenta?

—Sí y lo estoy por la parte que toca a Miguel Ángel, pero que René me acaba de decir que Kalyna se incorpora al hotel, le va a dar el puesto de secretaria de dirección.

—¿Y Conchi?

—Conchi pasa a contabilidad, que también es contable.

como si nos estuviera perdonando la vida, así que cuanto y más...

—Nuestro gozo a un pozo—me comentó más tarde Ruth, a la hora de la salida.

—¿Y eso? ¿Qué pasa ahora? ¿Tú no estabas la mar de contenta?

—Sí y lo estoy por la parte que toca a Miguel Ángel, pero que René me acaba de decir que Kalyna se incorpora al hotel, le va a dar el puesto de secretaria de dirección.

—¿Y Conchi?

—Conchi pasa a contabilidad, que también es contable.

Capítulo 25



La noticia por parte de Ruth me amargó en parte el fin de semana, pero no me dio la gana de que fuera en todo, de modo que por la noche me vestí para salir.

—Ay, Dios, estás ideal con ese vestido—me dijo Rebeca cuando me vio salir del dormitorio.

—¿Sí? A Alba también le gustó mucho cuando me lo probé en la tienda.

—Pero hija de mi vida, cómo no le va a gustar, si estás divina.

Me miré en el espejo que teníamos en el recibidor y concluí que sí me sentaba bien. Era blanco y realzaba mi bronceado, muy ceñido y con gran escote en pico en la espalda, dejándola por completo al aire.

Me planché el pelo, me maquillé siguiendo los consejos de María Catalá en sus tutoriales y quedé de lo más satisfecha con el ahumado de mis ojos, por lo que estaba encantada.

—¿Y esos ojos? —me preguntó Alba al salir.

—De María Catalá, la *influencer*, son de ella.

—No, guapa, de ella serán los consejos, los ojos son tuyos, ¿te has visto? Estás increíble.

—Pues tú también estás que partes la pana con ese mono rosa, guapa, te hace unas piernas muy bonitas.

Era un mono rosa, con doble botonadura y cortito, que combinó con unas altas cuñas.

Yo también llevaba unas bonitas cuñas que estrenaba y que aportaban un toque desenfadado a mi look, que además me permitiera bailar, porque necesitaba airearme e iba a por todas.

Recogimos a Yurena con el taxi. Ella salió más en su estilo hippy, pero preciosa igualmente, con una falda larga y un top que le dejaban su vientre al aire. De su ombligo, pendía un llamativo piercing que me quedé mirando.

—¿Qué miras? ¿Al final te molo? —me preguntó con guasilla.

—Me molas como amiga, que conste, pero lo que estaba mirando es que cualquier día me lío la manta a la cabeza y me hago uno de esos—Señalé a su piercing.

—Claro, a mí me los hace un colega, no tienes más que decírmelo y el primero te lo regalo yo.

—¿El primero? A ver si te crees que tengo intención ahora de parecer un colador, mujer.

—Ya, ya, tú sabrás.

La que estaba muy callada era Alba, que se había encargado de la reserva.

—¿Dónde vamos, ratilla? Que no sueltas prenda.

—Es que estoy emocionada porque se ha dado una casualidad de esas para la que tienen que aliarse los astros y la estoy disfrutando.

—Diga melón, por favor.

—Muy sencillo, que un amigo de Sergio ha aprobado unas oposiciones y lo celebran esta noche en el mejor mexicano de la isla, lo puso en Face esta mañana.

—Ya y conozco a tres que van a acabar en el mismo mexicano por casualidad, ¿no es así?

—Así es, veo que tienes un coeficiente intelectual de lo más aceptable.

—Sí, ni el de Einstein, solo hace falta que veas lo bien que me va—Me eché a reír por su ocurrencia.

Llegamos al local en cuestión, que estaba decorado con un gusto exquisito, y salieron tres chicos a recibirnos, uno a cada una. Eran trabajadores de allí y parecían muñecos.

—Bueno, bueno, la noche promete. Nos van a cobrar un pico, ¿estará también incluido que nos zumbemos a estos? Yo es por sugerir, vaya—nos soltó Alba por lo bajini.

Me eché a reír y le indiqué que se callara, no nos fueran a escuchar. Los tres chicos habían ido a coger unos graciosos y coloridos gorritos mexicanos que no tardaron en poner sobre nuestras cabezas para que nos hiciéramo unas vistosas fotos con ellos.

Un bonito recuerdo que Alba plasmó poniendo morritos, yo llevándome las manos al pecho como si me estuviera cantando una ranchera y tocando mi corazón mientras que Yurena subió una pierna, quedándole de lo más artística.

—Si es que estamos megamonísimas—Alba nos llevaba a las dos del brazo en el momento de pasar al lado de la mesa de Sergio y sus amigos. Lo hizo totalmente altiva, sin mirarlo siquiera, mientras que nosotras dos lo saludamos a lo justo, pues no accedió a detenerse y nos dio un tirón de brazos a ambas que un poco más y nos descuajaringa.

—Qué corte, guapa, qué menos que saludar...

—Sí, hombre, a eso he venido yo aquí, a darle el gusto a él.

—No, tú has venido a darle el disgusto, que te has puesto divina y todos te están comiendo con la mirada, le va a dar un síncope.

—Será que solo me miran a mí, porque vosotras dos venís de lo más feuchas.

Me eché a reír y Yurena también. La chiquilla alucinaba con la que teníamos montada entre todas con las

cuestiones del cuore, cuando para ella las cosas eran mucho más sencillas.

—A mí me gusta uno, me lo agencio y listo... Y si es una, pues igual, pero que yo no le doy vueltas al coco, que eso es malo y luego te repercute en la salud, qué va.

Mientras hablábamos, esperando a que nos trajeran las bebidas, Sergio no apartaba la vista de nuestra mesa y es que le habíamos dado la noche, pero bien dada.

—Qué nivel, Maribel—decía mientras Alba, mirando a todos los lados del lujoso restaurante, que estaba decorado con un gusto exquisito.

—Cualquier cosa menos mirarlo, ¿no? Está que se le salen los ojos, te lo digo yo que lo tengo enfrente.

—Que se fastidie, me he sentado de espaldas a él para no tener que verle el careto, pero pienso tontear con todo el que se me ponga a tiro, a este se le van a quitar las ganas de jugar con las mujeres.

—Totalmente de acuerdo, se le van a quitar para los restos, vas a tener que patentar la fórmula.

—Nada de fórmula, una de indiferencia bien dada y punto. Mira, por ahí vienen los mariachis.

Una a una nos fuimos animando, que era una noche bonita y más para ella, que comenzó a servir la venganza en plato frío cuando llegaron cantando hasta nuestra mesa y lo dio todo con ellos, porque no se le daba nada mal.

A Sergio le llegaba la cara a los pies, tanto que a mí me dio la risa floja.

—Madre mía, la que vais a liar. Yo no sabía que esto daría tanto de sí—nos comentó Yurena.

Y poco lo sabía ella, ya que mi risa se heló minutos después... Nos acaban de traer una succulenta jarra de Margarita, porque nos decantamos finalmente por ella después de que el camarero nos la alabara a tope. Y no se quedó corto, pues nos resultó exquisita.

Estaba yo dándole un buen sorbo a la copa, pues también había cantado lo mío y tenía seca la garganta, cuando ante mis incrédulos ojos vi aparecer a René con Kalyna.

—¡Coño! —Solté y a lo justo dejé la copa en la mesa para no liarla todavía más.

—¿Un coño? ¿Dónde? —me preguntó Yurena con toda la guasa.

—Allí, uno raro, pero en la entrada, no mires...

No, no iba a mirar ni nada.

—Anda, pero si son René y su majestad, la que está por encima de todos nosotros—suspiró.

—Pues a esa mejor que se le vayan bajando los humos, que no conoce a las españolas cabreadas. Lo mismo la cogemos por los pelos y...

—Para el carro, Alba, cada palo que aguante su vela. Bien mirado, ella no nos ha hecho nada.

—¿Te parece poco la forma en la que nos mira a todas? Yo la ahogaba en un cubo, te lo prometo.

—¡Qué bestia! Pero mola—asintió Yurena.

—Y yo por mi gusto la hacía desaparecer del mapa, pero no le vamos a dar el gusto de que vea que nos aperreamos, de eso nada.

—Nada, nada, que aquí si hay una cacho perra es ella.

—Y con perdón de los animalitos, que ya quisiera ella parecerse, aunque fuera en los forros.

—Y tanto que sí. Vosotras diréis lo que queráis, pero la belleza de esta tía es muy particular, no deja indiferente a nadie—opinó Alba.

—No, no, mi padre siempre lo decía, que esta es de la que gusta mucho a unos, pero a otros les parece el aborto de una mona, que eso es así.

—¿El aborto de una mona? Yo me troncho, es que me troncho.

Mientras ella se tronchaba, René se acercó a felicitar al chaval homenajead.

—Anda, pero si es Sebas, yo no me había dado cuenta, también lo conozco. Y es amigo de René de siempre, es que al final aquí muchas veces pasa eso, que nos conocemos todos. Y lo malo es que tendré que levantarme y saludar, con la tipeja esa al lado—nos comentó Yurena.

Lo hizo mientras nosotras dos permanecimos sentadas. Al verla, René se sorprendió muchísimo y Kalyna también, pero para mal, porque se le notó a la lengua que le molestó la presencia de Yurena.

A duras penas la saludó con una sonrisita fingida y le dio un par de besos así de lejos, como si pensara que besarle directamente la pondría en riesgo de pegarle algo.

Mientras, René miró hacia la mesa y vi cómo su rostro se transformaba por momentos cuando me vio allí.

Fue un instante mágico, porque por unos segundos pude evadirme por completo y pensar que nos estábamos mirando como lo hacíamos semanas atrás, cuando solo contábamos nosotros y el resto del mundo nos la traía al paio.

Duró poco, porque enseguida ella captó toda su atención hasta el punto de que lo tomó del mentón y le dio un beso, como marcando territorio... Se veía que era un gesto muy suyo, por la soltura con la que lo llevó a cabo.

Aparté inmediatamente la vista, porque mirarlo me hacía daño, mientras los demás los invitaban a que tomaran asiento. Lo último, pero lo último que habríamos pensado cuando llegamos allí es que cenaríamos con ellos dos de frente.

—¿La habéis visto? La muy estúpida me ha besado de lejos, como si yo tuviera la sarna, cuando lo cierto es que aquí la única que está en riesgo soy yo, de que me pegue la mala leche.

—Sí que lo hemos visto, es una imbécil total. No te preocupes.

—Ahora que te digo que René se ha descompuesto al verte, no le he visto nunca peor cara.

—No pretendo darle la noche, para nada.

—Ni falta que hace que lo hagas, se la va a dar él solito. Y, es más, se lo merece, lo veo y no lo reconozco; otra vez con ella.

En su mesa se hizo un brindis y, en el momento de dar el sorbo a la copa, él me miró. Sé que puedo pecar de presuntuosa, pero diría que vi el deseo en sus ojos, el mismo deseo que se reflejaba en los míos.

—Mírala, ni brindar con los chicos, si es para matarla a pellizcos, qué asco...

—¿Y eso? ¿Es abstinencia? —le pregunté.

—Es gilipollas, eso es, ¿no la ves?

e—Sí, veo que no se integra para nada, parece que está en su mundo.

—En su mundo de pamplinosa, ahí es donde está. Y no, no bebe, porque sigue una dieta de lo más estricta en la que está absolutamente prohibido el alcohol. Y ella antes se deja cortar un brazo que saltársela.

—Pues sí, definitivamente hay que ser gilipollas—asintió Alba.

—Y no sé yo lo que va a comer aquí, supongo que se habrá tomado un caldo de verduras colado y ahora hará como la que pincha algo para después marear la perdiz hasta dejarlo en el plato.

—Pues qué alegría de mujer, con lo bueno que está un buen plato de esos de jamón ibérico con toda su pringue—
Se me hizo la boca agua.

—¿Pringue esa? Y después tendría que ir a hacerse un buen lavado de estómago, hazme caso.

l
Nos reímos con Yurena, que nos dio mil doscientos datos de aquella tipa tan particular durante la cena... Una cena en la que pillé varias veces a René con los ojos sobre mí, sobre todo cuando se nos acercaron los mariachis o más todavía cuando llegó la hora de las copas y nos trasladamos a la zona de baile, en el mismo local.

Debíamos estar de enhorabuena, porque varios grupos de chicos no nos quitaban ojo de encima y enseguida nos sacaron a bailar.

—¿Me puedes dejar que baile con ella? —le preguntó Sergio al que bailaba con Alba.

—Si ella quiere, claro...

—No, pero es que resulta que no quiero—le contestó y a él se le cambió la cara.

e
—¿Hasta cuándo vamos a seguir con este juego, por favor? Y ahora me vas a decir también que esto ha sido casualidad y que no has venido a pasarme por los morros que caen rendidos a tus pies.

—Y a los de mis amigas, que no se te olvide. En cualquier caso, por supuesto que ha sido fruto de la casualidad—
lo negó con toda la cara dura.

También me creería hacer ver lo mismo René en el momento en el que salí del servicio de señoras y él hizo como que entraba en el de caballeros, otra “casualidad”.

—Hola, Camila, estás... estás deslumbrante esta noche—me espetó. Si la otra lo hubiera sabido, lo mismo le da un jamacuco y hasta se bebe una copa, enterita para ella.

—Gracias, no sabía que vendrías.

—Ni yo que lo harías tú.

Me ponía tan, tan nerviosa en su presencia, que no sabía lo que decir ni lo que hacer. Y pese a que él había vivido infinitamente más que yo, tampoco se le veía que supiera cómo reaccionar.

—Bueno, tengo que irme con mis amigas.

—Y yo entrar al baño.

—¿No bailas?

—No, Kalyna no es de bailar.

Apenas lo había terminado de decir cuando ambos nos vimos súbitamente abocados a besarnos. Fue un beso rápido y furtivo que, sin embargo, logró acortar la distancia entre nosotros.

... Y también fue un beso que me llevé puesto a la mesa, porque mis amigas lo vieron en cuanto me senté.

—Tú vienes de, de...—Yurena se mordió el labio de abajo por la emoción.

—De besarme con René, pero solo un poco.

—¿Te ha besado él?

—No, nos hemos besado los dos. Ha sido un beso tan improvisado como compartido.

—Oye, ¿tú te has tragado a una poetisa? Madre mía, cómo se las gasta la niña.

—Gracias, no sabía que vendrías.

—Ni yo que lo harías tú.

Me ponía tan, tan nerviosa en su presencia, que no sabía lo que decir ni lo que hacer. Y pese a que él había vivido infinitamente más que yo, tampoco se le veía que supiera cómo reaccionar.

—Bueno, tengo que irme con mis amigas.

—Y yo entrar al baño.

—¿No bailas?

—No, Kalyna no es de bailar.

Apenas lo había terminado de decir cuando ambos nos vimos súbitamente abocados a besarnos. Fue un beso rápido y furtivo que, sin embargo, logró acortar la distancia entre nosotros.

...Y también fue un beso que me llevé puesto a la mesa, porque mis amigas lo vieron en cuanto me senté.

—Tú vienes de, de...—Yurena se mordió el labio de abajo por la emoción.

—De besarme con René, pero solo un poco.

—¿Te ha besado él?

—No, nos hemos besado los dos. Ha sido un beso tan improvisado como compartido.

—Oye, ¿tú te has tragado a una poetisa? Madre mía, cómo se las gasta la niña.

Capítulo 26



Dos semanas habían pasado desde aquel momento, dos semanas en las que volví a pasar del cielo al suelo, porque René habló conmigo el lunes siguiente.

—Camila, tengo que pedirte disculpas por lo que sucedió la otra noche—me dijo y me quedé de lo más desinflada

—¿Por el beso? ¿Me pides disculpas porque nos besáramos?

—Sí, no estaba en mi ánimo hacerlo, ¿sabes? Yo estoy buscando cierta estabilidad en mi vida y no quiero volverme loco... ni tampoco volverte loca a ti.

—Tranquilo, que no volverá a pasar, puedes estar seguro.

—¿Te has molestado? No era mi intención, solo quería dejar las cosas claras.

—Y las has dejado, las has dejado, no veas si las has dejado.

Me escoció, me escoció mucho. Y como yo no soy de estrategias ni de tontunas de esas, se me notó a las claras y no lo negué.

A partir de ese día me dediqué a evitarlo por completo. Bastaba que viniera por un pasillo para que diera un rodeo que estuviera en la cafetería para que yo no entrara, que lo viera en el parking para que diera una carrera.

Además, Kalyna se había convertido en su guardaespaldas, no lo dejaba ni a sol ni a sombra, y eso era algo que me sacaba de mis casillas.

—Ya empieza el Cristo a padecer—me comentó esa mañana Ruth.

—¿Y eso? Supongo que te refieres a René.

—¿Y a quién si no? Se lo noto al hablarme, no está cómodo, le pasa algo. Ya le ocurrió lo mismo la anterior vez, que le varió el carácter.

—Pues con su pan se lo coma, él ya es muy mayorcito y yo no creo que esta tía lo tengo cogido por los huevos.

Lo dije como me salió, un poco estilo Rebeca, pero lejos de escandalizarse, Ruth me dio la razón.

—Lo mismo opino yo, tranquila. No nos va a caer nada... desde que es secretaria de René no para de cambiar cosas y de enviar circulares ridículas. Ay, Dios, mira que me gusta mi trabajo, pero esta mujer hace que me entren

unas ganitas de que me toque una lotería...

—Pero a ti la lotería ya te ha tocado un poquito, no me vayas a decir que no.

—En plan lentito, ¿eh? No te vayas a creer, que yo todavía no me veo preparada, pero sí. Los viernes nos vemos en los ensayos y luego los sábados voy a escucharlo tocar, pero de momento como amigos y ya se verá, que a mí no me ha tocado un pelo.

Ruth tenía una ilusión, que también mantenía Rebeca, en la distancia, porque Otis vivía en su tierra y no era fácil que volara hasta Lanzarote a menudo. Bastante esfuerzo hizo semanas atrás.

La vida se iba abriendo camino y, pese a que la herida de mi corazón permanecía abierta, yo trataba de curarla con grandes dosis de paciencia y teniendo lo menos posible que ver con René.

Por casualidad, miré por la ventana y vi que Kalyna se marchaba en el deportivo de él. Ni siquiera volvió a usar el Jeep desde que estaba con ella.

Según me contó Yurena, nunca le había gustado su coche y René debió hacerse con aquel para satisfacer sus deseos. Y ese día le sirvió para salir precipitadamente, según pude ver.

—Kalyna salió hace un rato corriendo que se las pelaba, casi me atropella. Y digo mientras corría hacia el parking, que si llega a ser con el cochazo ese me deja como una loncha de queso de fundir—me contó Ruth a la salida.

—Ya la he visto, parecía que la perseguían para hacerle un exorcismo, qué mujer...

unas ganitas de que me toque una lotería...

—Pero a ti la lotería ya te ha tocado un poquito, no me vayas a decir que no.

—En plan lentito, ¿eh? No te vayas a creer, que yo todavía no me veo preparada, pero sí. Los viernes nos vemos en los ensayos y luego los sábados voy a escucharlo tocar, pero de momento como amigos y ya se verá, que a mí no me ha tocado un pelo.

Ruth tenía una ilusión, que también mantenía Rebeca, en la distancia, porque Otis vivía en su tierra y no era fácil que volara hasta Lanzarote a menudo. Bastante esfuerzo hizo semanas atrás.

La vida se iba abriendo camino y, pese a que la herida de mi corazón permanecía abierta, yo trataba de curarla con grandes dosis de paciencia y teniendo lo menos posible que ver con René.

Por casualidad, miré por la ventana y vi que Kalyna se marchaba en el deportivo de él. Ni siquiera volvió a usar el Jeep desde que estaba con ella.

Según me contó Yurena, nunca le había gustado su coche y René debió hacerse con aquel para satisfacer sus deseos. Y ese día le sirvió para salir precipitadamente, según pude ver.

—Kalyna salió hace un rato corriendo que se las pelaba, casi me atropella. Y digo mientras corría hacia el parking, que si llega a ser con el cochazo ese me deja como una loncha de queso de fundir—me contó Ruth a la salida.

—Ya la he visto, parecía que la perseguían para hacerle un exorcismo, qué mujer...

Capítulo 27



Ya me iba cuando recibí un WhatsApp y era de René, ¿qué mosca le habría picado?

Él: “Necesito que subas, por favor”

Yo: “Solo si se trata de trabajo, no me gustan las confusiones ni a ti tampoco. Creí que había quedado lo bastante claro”

Él: “Y ha quedado... ha quedado, pero sube, te lo pido por favor”

Dudé mucho lo que hacer y, por un instante, a punto estuve de salir corriendo por la puerta y que no me detuviera ni Dios, porque me daba la espina de que si subía las cosas podrían complicarse.

Finalmente, sucumbí, al darme cuenta de que era incapaz de marcharme a casa sin saber qué quería de mí.

Cuando toqué con los nudillos en la puerta de su despacho, estos temblaban, pero apreté fuerte las manos porque no me dio la gana de demostrarle un ápice de vulnerabilidad.

—¿Para qué me has llamado? —le pregunté reparando en que se había servido una copa, pese a que eran las tres de la tarde y no debía haber almorzado.

—¿Para que te tomes una copa conmigo? No sería buena idea, ¿verdad? Déjalo, supongo que es una tontería. No quiero que pienses que soy un pusilánime, pero he llamado a la persona que me apetecía.

—Ya y supongo que esa llamada tendrá algo que ver con que cierta prepotente haya salido del hotel a toda leche, ¿no?

—Sí, Kalyna y yo hemos discutido.

—Ya, lo que pasa es que verás, resulta que yo no estoy acostumbrada a ser el paño de lágrimas de nadie, no me mola nada.

—Ni yo pretendo que lo seas. Si te he llamado no ha sido para eso, sino porque me apetecía verte.

—¿A qué estás jugando, René?

Guardó silencio en un momento en el que sus ojos me dijeron cuánto me deseaba. Y lo peor era que vi en ellos tanto deseo como en mí.

Quise salir corriendo, miré la puerta de reajo y calculé que eran unos cuantos metros los que me separaban de ella... unos cuantos metros que me devolverían a la libertad, porque entre aquellas cuatro paredes y con él me sentía cautiva, cautiva de sus besos.

—No te vas a ir, tampoco quieres irte—me indicó mientras miraba la puerta.

—Pero debería y lo sabes—le contesté con el corazón jadeante.

Llevaba dos semanas queriendo quitármelo de la cabeza, dos semanas con sus correspondientes días y noches, haciendo constantes ejercicios para convencerme de que no debía permitir que jugara conmigo, pero se apoderó de mí un sentimiento de culpabilidad que era muy traicionero y que tiempo atrás, con Guille, me hizo meter la pata hasta el fondo.

Leí muchas cosas en sus ojos, entre ellas que él y yo estaríamos juntos si yo no la hubiera pifiado, pero, sin saber cómo, me había convertido en una especialista en hacerlo.

No fui capaz de abrir la puerta y, en lugar de seguir el camino que me llevaba hasta ella, seguí el que me conducía hacia su silla giratoria.

No era tonta, no tanto como para entender que fundirme con él no le comprometería a nada más que a darme un rato de placer. Y partiendo de la base de lo mucho que sentíamos el uno por el otro, ese era un juego peligroso que me podía llevar a quemarme.

Asumí el riesgo porque ardiendo ya estaba y quise comprobar cuál era su nivel de calor, que era el mismo que el mío.

Nuestros labios se besaron, pero lejos de hacerlo como en la puerta de aquel baño, con premura, lo hicieron con una lentitud tal que nos trasladó a momentos ya vividos.

Los latidos de mi corazón me dolían en el pecho de lo fuertes que los sentía, una fuerza que se correspondía con la que estaba viviendo en ese momento.

Una vez acabó con mis labios, que incluso mordió de ganas, siguió bajando por mi cuello, explorándolo al milímetro y perdiéndose en cada uno de sus pliegues, en cada uno de sus lunares, en cada pequeña imperfección que pudiera mostrar y que él miraba cual si fueran joyas.

Lo que realmente resultó perfecto fue que por un momento cerramos la llave imaginaria que nos comunicaba con el resto de nuestras vidas y la tiramos... La tiramos lejos para que nadie pudiera molestarnos, llegando a un lugar ideal en el que solo estábamos él y yo.

En el suelo de ese lugar, en el que me hubiera quedado de por vida, vi enseguida mi blusa, pues la desabotonó con urgencia. La lentitud de sus besos había disparado sus ganas y la aceleración se hizo dueña de él.

También mi sujetador voló ante mis ojos, quedando desnuda de cuerpo para arriba. Sonrió al ver mis senos, lo hizo como un niño mira un caramelo que hace tiempo le fue prometido y que tardó en llegar a sus manos.

De esa manera los disfrutó mientras lamía y succionaba unos pezones en los que se detuvo durante un tiempo indefinido mientras sus manos avanzaban por el interior de mi falda en dirección a mi lubricado sexo.

Ni siquiera me la quitó, solo la subió hasta mi cintura, retirando, eso sí, mi tanga; un tanga minúsculo que sostuvo durante unos instantes entre sus dedos antes de deshacerse de él.

Pensé que sería cuestión de que se desabrochara los pantalones y lo tendría dentro, como si no lo conociera... Él no iba a hacerlo así, la urgencia no evitó que se detuviera a hacer aquello que sabía que me ponía taquicárdica, por lo que me indicó que me sentara en el filo de la mesa, boca arriba, dejando mi sexo a la altura de su boca, como si fuera el más exquisito de los manjares.

Para cuando vino a comenzar a degustarlo, me estremecí, cerrando los ojos e imaginando que estábamos en ese barco donde un día fuimos mecidos por olas cálidas que lo llevaron al lugar que más deseábamos que visitara; a mis entrañas.

e

Allí, sabiendo que nuevamente pasaría, fueron mis caderas las que le ofrecieron un vaivén en forma de prolegómenos y fui mi voz la que acompañó tan sugerentes movimientos con el más excitante de los cánticos; el que procedía de mis gemidos.

Cuando uno siente que está tocando el cielo, algunos sentidos se agudizan, lo que no evita que la desconexión se instale en tu cerebro y nada ajeno al sexo te sea expuesto.

l

Eso fue lo que ocurrió cuando la puerta de su despacho se abrió, que ni siquiera escuchamos el sonido del picaporte al ser girado. Y así nos encontró Kalyna, entregados a un juego sexual que convirtió aquel despacho en una sauna, del mucho calor que despedíamos.

z

—Vaya, vaya—murmuró y yo di tal respingo que a punto estuvo de caerme de la mesa.

o

l

Pensé que sería cuestión de que se desabrochara los pantalones y lo tendría dentro, como si no lo conociera... Él no iba a hacerlo así, la urgencia no evitó que se detuviera a hacer aquello que sabía que me ponía taquicárdica, por lo que me indicó que me sentara en el filo de la mesa, boca arriba, dejando mi sexo a la altura de su boca, como si fuera el más exquisito de los manjares.

Para cuando vino a comenzar a degustarlo, me estremecí, cerrando los ojos e imaginando que estábamos en ese barco donde un día fuimos mecidos por olas cálidas que lo llevaron al lugar que más deseábamos que visitara; a mis entrañas.

Allí, sabiendo que nuevamente pasaría, fueron mis caderas las que le ofrecieron un vaivén en forma de prolegómenos y fui mi voz la que acompañó tan sugerentes movimientos con el más excitante de los cánticos; el que procedía de mis gemidos.

Cuando uno siente que está tocando el cielo, algunos sentidos se agudizan, lo que no evita que la desconexión se instale en tu cerebro y nada ajeno al sexo te sea expuesto.

Eso fue lo que ocurrió cuando la puerta de su despacho se abrió, que ni siquiera escuchamos el sonido del picaporte al ser girado. Y así nos encontró Kalyna, entregados a un juego sexual que convirtió aquel despacho en una sauna, del mucho calor que despedíamos.

—Vaya, vaya—murmuró y yo di tal respingo que a punto estuvo de caerme de la mesa.

Continuará...



Continuará...



Puedes seguirme en mis redes sociales:

Instagram: [@almafernandez.autora](#)

Facebook: [Alma Fdez](#)

Amazon: relinks.me/AlmaFernandez

Con mucho cariño,

Alma.

Puedes seguirme en mis redes sociales:

Instagram: [@almafernandez.autora](#)

Facebook: [Alma Fdez](#)

Amazon: [relinks.me/AlmaFernandez](#)

Con mucho cariño,

Alma.